George Ticknor.

SUUM CUIQUE.

Accessions 115630 Shelf No. D. 154.21

BEQUEATHED BY

George Ticknor.

Rec'd Apr. 26th 1871

OCIOS

DE MI JUVENTUD,

O

POESIAS LIRICAS

DE

D. JOSEF VAZQUEZ.

CON LICENCIA

En MADRID, en la Imprenta de D. ANTONIO DE SANCHA. Año de M. DCC. LXXIII.

Se hallará en la Libreria de D. Bernardo Alvera, Carrera de S. Geronimo.

D.154
21
115630
G.T.

MOvido de un justo agradecimiento por la favorable aceptacion con que el público honró la crítica de los falsos Sabios, que hice con nombre de los *Eruditos à la Violeta*, compuse, y le ofrecí el Suplemento: y no siendo menor el favor con que le recibió, debe tambien ser mi gratitud en este caso igual à la que le manifesté en el otro. Pero como la crítica es materia tan delicada, que, ò suele degenerar en Sátira, cosa opuesta à mi modo de pensar, ò suele ser una fria repeticion de lo ya dicho, cosa igualmente desagradable à los leyentes, he creído mas acertado el publicar algunos manuscritos mios sobre varios ramos de literatura, empezando por la Poesia.

Estos primeros quadernillos son por la mayor parte del genero menos util de la Poesia, pero del mas agradable. Los intitulo *Ocios de mi Juventud*, quedandome algun escrúpulo de que su verdadero titulo debiera ser *Alivio de mis penas*: porque los hice todos en ocasion de

acometerme alguna pesadumbre, tal vez efecto de mis muchas desgracias, tal vez efecto de mis pocos años, y tal vez de la combinacion de ambas causas.

En las materias amorosas, he procurado escribir con la modestia de los Argensolas, y Garcilaso, y no con la libertad de algunos otros Poetas, que se hallan impresos, y reimpresos.

En el unico asunto heroico que he tratado, puedo asegurar que la adulacion no me ha dictado un verso: no ha seguido mi pluma otra voz que la de mi corazon.

En los versos en que se toca por incidencia la gloria de mi Nacion, he procurado hablar con todo el zelo que profeso à mi patria, y con toda la justicia que le hace la Historia: mayores ingenios lo executen con toda la pompa que ella se merece. Los Españoles lo agradecerán; los Estrangeros lo aplaudirán; pues el espiritu de patriotismo que reyna hoy en todos los paises de la Europa, hace que los hombres juiciosos de cada uno estimen

à los que se declaran patriotas respectivamente en los suyos. Quanto dijo Virgilio en alabanza de la gente Romana, ponderando lo arduo que fue formar aquella nacion gloriosa, atribuyendola el derecho de destruir à quantas se resistiesen à su poder, y de perdonar à quantas implorasen su gracia, y profetizando una duracion sin límite, ha sido justamente repetido en cada Nacion con mas ò menos verdad, pero con igual razon política, qual es, el estímulo de los vivientes con los nombres de los muertos.

No creo que merezca menos mi Patria, ni lo creerá su mayor enemigo, si lee nuestros Anales, no solo en la parte impresa por los Españoles, sino en la que dejaron escrita los Romanos.

Hasta aqui por lo tocante á mis Poesias en particular. De la Poesia en general, sería muy inutil referir su dignidad, y merito. Si en este siglo la han hecho menos apreciable algunos que han usurpado el titulo de poetas, sin tener la menor calidad para merecer este timbre,

queda muy desagraviada la facultad, con retroceder en la historia, y ver la consideracion que obtuvieron en la corte, y en la nacion los que manejaron la lyra, con la misma mano, y en el mismo tiempo que los negocios mayores de la religion, estado, y guerra. Los nombres de Rebolledo, Ercilla, Hurtado de Mendoza, Leon, y otros hacen ver lo compatible que es esta diversion con las ocupaciones mayores.

El erudito Patriota que hace à la nacion el servicio de publicar los extractos de nuestros poetas antiguos, nos da una noticia muy exacta del nacimiento, y fortuna de los Principes de nuestro Parnaso; y su lectura nos muestra evidentemente que los poetas verdaderos, aun en nuestros siglos mas gloriosos, no tuvieron menos nombre en la república civil, que en la literaria.

El

El Poeta habla con su Obra, remitiendola à un Amigo suyo, que reside en Madrid.

ID, versos dichosos;
id, consuelos mios,
à la excelsa Corte
del Rey mas benigno.
Desde esta cabaña
de techo pagizo,
que fue vuestra cuna,
y mi dulce asilo,
llegad hasta donde
el humilde rio
los cimientos baña
del Palacio altivo.
Mas no la inocencia
de ser hijos mios,
en llanto engendrados,
y en pena nacidos,
os lleve engañados,
con afan continuo,
buscando un Mecenas
entre los validos.
¡Qué mal entre adornos
de dorados libros
parecen las hojas
del libro sencillo,
en que mi tristeza
gravó mis suspiros!
Tampoco à los sabios
llegueis atrevidos,
pidiendo que os pongan
al lado de Ovidio,
Boscan, Garcilaso,
Marcial, y Virgilio,

Ar-

Argensola, Lope,
y Homero divino.
No entreis tan endebles
en tanto peligro,
que corren gran riesgo
en un golfo mismo
las barcas pequeñas
entre los navios,
que llevan de Cadiz
à los mares indios
las armas de Carlos,
su Fé, y su dominio.
Si acaso llegais,
(ò quanto os lo envidio!)
llegad preguntando
por un buen amigo;
de prendas completo,
y libre de vicios,
con dulzura sabio,
sin arte, benigno.
Por estas señales,
à Ortelio os dirijo;
ya esté con su padre
de quien es alivio;
ya esté como suele
allá en su retiro,
contando en los astros
las fuerzas, y giros;
ò ya del teatro
en el noble circo
aplaudiendo gracias,
ò tachando vicios;
ò ya con su Lisis,
(que tambien le he visto
pagar el tributo
de gozo, y suspiro

al sexo amoroso
con afecto fino:)
llegad à su pecho,
archivo del mio;
y decidle: Ortelio!
con paz recibidnos;
venimos de parte
del triste Dalmiro.

Refiere el Autor los motivos que tuvo, para aplicarse à la Poesia, y la calidad de los asuntos, que tratará en sus versos.

CAro Lector, qualquiera que tu seas
el que mis Ocios juveniles veas,
no pienses encontrar en su lectura
la magestad, la fuerza, la dulzura,
que llevan los raudales del Parnaso,
Mena, Boscan, Ercilla, Garcilaso,
Castro, Espinel, Leon, Lope, y Quevedo.
No ofrezco asuntos, que cumplir no puedo:
sé que el mortal à quien benigno el hado
la morada del Pindo ha destinado
halla en su cuna la sagrada rama,
con que se sube al templo de la fama.
Tanta dicha à los Cielos no he debido;
bajo tan fausto signo no he nacido.
En falsas cortes, y en milicia fiera
de mi vida pasé la Primavera;
jamás compuse versos hasta el dia
que me dejó la estrella mas impia
à mi pena, y rigor abandonado,
objeto debil del rigor del hado;
y con amor, y ausencia, mal mas fuerte,
que quantos he nombrado, y que la muerte.

Entonces, por remedio en mi tristeza,
de Ovidio, y Garcilaso la terneza
leí mil veces; y otros tantos gozos
templaron mi dolor, y mis sollozos.
Huyendo de los hombres, y su trato,
que al hombre bueno siempre ha sido ingrato,
sentado al pie de un alamo frondoso,
en la orilla feliz del Ebro undoso,
¡quántas horas pasé, con los sentidos
en tan sabrosos metros embebidos!
¡Ay! como conoci que en su lectura
derramaban los Cielos mas dulzura,
que en el divino nectar, y ambrosía!
Mi tristeza en consuelo convertia;
y mis males yo mismo celebraba,
por la delicia que en su cura hallaba:
asi como se alienta el peregrino,
quando encuentra con otro en el camino;
y con gusto el piloto al mar se entrega,
si otro con él el mismo mar navega;
como se alivia el llanto, si un amigo
de nuestras desventuras es testigo;
asi los tristes versos que leía
templaban mi fatal melancolia,
hasta que en ellos me dispuso el Cielo
de todo mi dolor total consuelo.
Asi mi alma al Pindo agradecida
cultivarle juró toda la vida.
Con pecho humilde, y reverente paso
llegué à la sacra falda del Parnaso;
y como en sueños ví que me llamaban
desde la sacra cumbre, y me alentaban
Ovidio, y Laso; à cuyo docto influjo
mi numen estos versos me produjo.
Todos de risa son, gustos, y amores.

No tocaré materias superiores.
De los supremos Dioses, y los Reyes
la obscura voz, y las secretas leyes,
los arcanos, enigmas, y misterios
no digo con osados versos serios,
antes con mas sencillo, y bajo tono
celebro la cabaña, y dejo el trono.
Yá canto de pastoras, y pastores
las fiestas, el trabajo, y los amores:
ya de un jardin que su fragancia envia
escribo la labor y simetria:
Ya del campo el trabajo provechoso;
y el modo de que el toro mas furioso
sugete al yugo la cerviz altiva,
y al hombre debil obediente viva:
ya canto de la abeja, y su gobierno,
y el dulce tono del gilguero tierno.
No mido con inutil osadia
quanto anda el astro que preside al dia,
ni celebro vilmente à los varones
funestos à la paz de las Naciones.
Matar los hijos, degollar las madres,
violar las hijas, afrentar los padres;
lleven al hombre al templo de la gloria
al toque del clarin de la victoria;
pero jamas con versos inhumanos
heroes he de llamar à los tyranos.
Y di, Lector, ¿acaso nos importa,
(pues la vida es tan fragil, y tan corta)
que Phebo dé su vuelta concertada,
siendo la tierra la que está parada;
ò que parado el Sol, la tierra suelta
al rededor de Phebo dé la vuelta?
Ni que el piloto audaz, y codicioso
busque nuevos caminos al ansioso

Navio; y que dispute si es posible
hallarlos por el paso inacesible
acia el norte del Asia no cursado;
ò si es mejor el paso acostumbrado
por donde los gigantes Patagones
admiran los Castillos, y Leones
en las popas de Naves Españolas,
quando surcan aquellas bravas olas?
No leas con temor. Ni voz, ni idea
verás en mí que indecorosa sea:
ni ofenderé al pudor mas recatado.
Podrá decir mis versos sin cuidado
el labio virginal, sin que ofendidos
deje mi blando numen sus oidos.

Letrilla sincera.

1
El rayo severo
que Jove vibró,
celebrele Homero,
que no lo haré yo.

2
La Satyra fiera
que Persio escribió,
cultive el que quiera,
que no lo haré yo.

3
Ercilla con arte
que él mismo probó,
celebre à su Marte,
que no lo haré yo.

4
Del mar que el Troyano
llorando aumentó
escriba el Mantuano,
que no lo haré yo.

5
Pero del Dios ciego
que Venus parió
callen todos luego,
que bastaré yo.

Al mismo asunto en metro diferente, declarando su amor à Filis.

NO canto de Numancia, ni Sagunto
el alto nombre, y la envidiable gloria,
que ninguna Nacion tiene en su Historia.
No elijo por asunto
el noble ardor del Portugues famoso,
que con el trage de infeliz villano,
puso freno afrentoso
al grande orgullo del poder Romano.
Ni de Pelayo canto las acciones
con que domó las bárbaras Naciones,
à España conducidas,
y en ella mantenidas
por codicia africana,
por venganza inhumana,
y porque estaba España deliciosa
sepultada en el luxo desidiosa.
Ni tocaré con numen elevado
la prudencia, virtud, valor, y saña
del valiente Estremeño,
que con glorioso empeño
al terreno envidiado
llevó las Armas de la invicta España.
Ni canto à Carlos Quinto, aquel Guerrero,
que prendió de la Francia al Soberano,
venció al Frances, y castigó al Germano,
y al Africano fiero.
Ni al noble hermano de Felipe Augusto,
que en el mar de Lepanto,
con grande estrago, y susto,
puso cadena al Turco, al Orbe espanto.
Ni de Alvaro Bazan, de quien Ingleses,

y Turcos, y Franceses
conservarán impresa la memoria
contando en cada accion una victoria.
Ni el brio mas que humano
del Cid Diaz, sobervio Castellano,
que con su lealtad, fuerza, y prudencia,
deteniendo la rueda à la fortuna,
las armas de su Rey puso en Valencia,
sobre la media luna.
Ni las hazañas, y virtudes raras
de Cordobas, Navarros, y Pescaras,
Carpios, Verdugos, Vargas, Mondragones,
con la turba inmortal de otros Varones,
nobles abuelos nuestros, y soldados,
en España nacidos,
en Italia, y en Flandes conocidos,
y por el Orbe entero respetados,
sin que la envidia de la gente estraña
pueda negar su gloria à nuestra España.
No fue á mi Musa dado
con el horrendo son del bronce herido
cantar como sagrado
el guerrero rigor, grato al oido
del que entre sangre, robo, rapto, y furia
à la infeliz humanidad injuria.
Mi lira canta la ternura sola,
Apolo me la dió, Venus templóla;
y aun ella preludió mi dulce acento,
que al Zephiro paraba por el viento,
à las aves sacaba de sus nidos,
al hombre enagenaba sus sentidos:
à sus sonoras voces
se amansaban los brutos mas feroces,
y las mismas deidades elevadas
quedaban con sus ecos encantadas.

Con tal impulso tu favor no imploro,
familia docta del castalio coro.
Divinas nueve hermanas,
no os pido aquellas fuerzas soberanas,
con que Homero cantó del Griego armado,
y del Cielo en dos vandos separado
las iras y el rencor. Musas, no os pido
el Numen escogido
con que cantó Virgilio al pio Eneas,
por entre incendios, y horrorosas teas,
sacando padre, Dioses, hijo, esposa
de Troya lastimosa;
venciendo vientos, mares, y enemigos,
hasta fundar à Roma.
Diverso vuelo toma
mi pluma, que al amor he dedicado.
Porque en metro mezclado
de gusto, y de tristeza
celebro de mi Philis la belleza,
y temiendo del hado los vaybenes,
canto su amor, y lloro sus desdenes.

Fruto que deseo sacar de mis Poesias.

HOracio con sus versos aspiraba
de la inmortalidad à la alta cumbre;
en ellos fabricaba
mansion para su nombre, y discurria,
que al tiempo venceria,
y que la muchedumbre
de dias, y de meses, y de edades
de las posteridades
sería, con su nombre comparada,
lo que es la tierra de hombres habitada,
respecto de los astros que miramos,

y de los que ignoramos
en esa inmensa esfera.
Pero mi musa menos altanera,
sin aspirar à que sus poesias
sean doctos objetos,
allá en lejanos dias,
quando vivan los hijos de mis nietos,
solamente desea
que en estas hojas mi consuelo vea,
en el mar de la suerte en que navego,
qual pasagero ciego,
y timido; ignorante
del rumbo de las costas, y del viento,
y del mudable, y barbaro elemento,
temiendo à cada instante
hallar segura muerte,
sin que la aparte mi sollozo blando;
y no como el piloto osado, y fuerte
que à los quatro elementos va burlando,
porque las artes sabe
del viento aleve, y la ligera nave.

Sobre ser la Poesia un estudio frivolo, y convenirme aplicarme à otros mas serios.

LLegóse à mí con el semblante adusto,
con estirada ceja, y cuello erguido,
(capaz de dar un peligroso susto
al tierno pecho del rapaz cupido)
un animal de los que llaman sabios,
y de este modo abrió sus secos labios:
No cantes mas de amor. Desde este dia,
has de olvidar hasta su necio nombre.
Aplicate à la gran Filosofia,
sea tu libro el corazon del hombre.

Fuese, dejando mi alma sorprehendida
de la llegada, arenga, y despedida.
A Dios, Philis, à Dios! No mas amores,
no mas requiebros, gustos, y dulzuras:
no mas decirte alhagos, darte flores:
no mas mezclar los zelos con ternuras:
no mas cantar por monte, selva, y prado,
tu dulce nombre al eco enamorado.
No mas llevarte flores escogidas,
ni de mis palomitas los hijuelos,
ni leche de mis bacas mas queridas,
ni pedirte, ni darte ya mas zelos;
ni mas jurarte mi constancia pura,
por Venus, por mi fé, por tu hermosura.
No mas pedirte que tu blanca diestra
en mi sombrero ponga el fino lazo,
que en sus colores tu firmeza muestra,
que alli lo colocó tu ayroso brazo;
no mas entre los dos un alvedrio,
tuyo mi corazon, el tuyo mio.
Fllósofo he de ser; y tú que oiste
mis versos amorosos algun dia,
oye sentencias con estilo triste,
y lúgubres acentos, Philis mia.
Y dí si aquel que requebrarte sabe,
sabe tambien hablar en tono grave.

Sonetos de una gravedad inaguantable, excepto los finales de cada uno.

Sobre el poder del tiempo.

TOdo lo muda el tiempo, Philis mia:
todo cede al rigor de sus guadañas:
ya tranforma los valles en montañas:
ya pone un campo donde un mar habia.
El muda en noche opaca el claro dia:
en fábulas pueriles las hazañas:
alcázares soberbios en cabañas,
y el juvenil ardor en vegez fria.
Doma el tiempo al caballo desbocado:
detiene al mar, y viento enfurecido:
postra al leon, y rinde al bravo toro.
Sola una cosa al tiempo denodado
ni cederá, ni cede, ni ha cedido,
y es el constante amor con que te adoro.

De la timidez natural à los hombres.

¡AQuanto susto el Cielo te condena,
ò genero mortal, flaco, y cuitado!
se espantan unos en el mar salado;
y tiemblan otros quando Jove truena.
Otros si el eco del leon resuena;
otros quando el magnate está irritado;
otros quando en la carcel han pasado
dias, y noches tristes con cadena.
Yo solo discurri no temblaria
al trueno, ni al leon, ni al poderoso,
ni à la prision, ni à todo el orbe entero.

Mas

Mas se engañó mi debil fantasía:
el rostro de mi Philis desdeñoso
me cubre de terror: temblando muero.

Sobre el anhelo con que cada uno trabaja para lograr su obgeto.

Pierde tras el laurel su noble aliento
el heroe joven en la atroz milicia;
sepultase en el mar por su avaricia
el necio, que engañaron mar, y viento.
Hace prision su lúgubre aposento
el sabio por saber; y por codicia,
el que al duro metal de la malicia
fió su corazon, y su contento.
Por su cosecha sufre el sol ardiente
el labrador; y pasa noche, y dia
el cazador de su familia ausente.
Yo tambien llevaré con alegria
quantos sustos el orbe me presente,
solo por agradarte, Philis mia.

A la Fortuna.

¿Donde hallarás, quien resistirse pueda,
ciega deidad, al delicioso encanto,
del son del torno de tu instable rueda?
Si de algun triste el doloroso llanto
aparta al sabio de la atroz ruina,
¡qué poco dura el saludable espanto!
La mayor parte con vigor camina
al aëreo templo de la diosa fama,
y despreciar egemplos determina.
Enciende la ambicion su horrenda llama,
toca el clarin la gloria: el mundo suena,

y nuevas redes tu locura trama.
El alma debil de furor se llena:
segunda vez se entrega à tu mudanza,
que los gustos mas gratos envenena.
Tambien guióme un tiempo la esperanza,
monstruo à quien abortó tu devaneo:
y culpé tu rigor, y tu tardanza.
¡O quantas veces se inflamó el deseo
en este pecho joven, è inocente,
que ya por fin desengañado veo!
¡Qual crecia el incéndio! Qué imprudente
propuse levantar al firmamento
mi nombre del ocaso, al oriente!
El militar estruendo, el duro acento
del gefe, que las tropas disponia,
el ronco son del bélico intrumento,
La clin del animal, que Betis cria,
el brillo que el dorado Tajo presta
al fierro de Cantabria, patria mia,
La polvora à las madres tan funesta,
con estrépito horrendo en los cañones,
que tantas vidas, y sollozos cuesta;
Y de la horrenda guerra las acciones
parecianme glorias soberanas
dignas de los que habitan las mansiones
Del alto Olimpo, y que las nueve hermanas
solo debian entonar loores
à las almas feroces, è inhumanas.
Llenabase mi pecho de furores
al leer de Curcio, y de Solís la historia,
de Alexando, y Cortés aduladores:
Embidiaba à los dos la fiera gloria
de ver en Montezuma, y en Darío
caprichos de la suerte, y la victoria.
Un heroe sabio, y un monarca pio
pa-

parecianme indignos de su cuna;
su libro indigno del estudio mio.
Con gusto vi la bélica fortuna
del soberbio Breton, al Lusitano
dar contra España audacia no oportuna;
Y las melenas del Leon hispano
coronarse con lises; y à su saña
rendir Almeida el alto muro ufano.
Y al ver de Marte por la dura España
rodar el carro con horrible estruendo,
y alzar la muerte su infeliz guadaña,
Iba yo en mi memoria recorriendo
historias dignas de dolor, y espanto,
y mi alma con sus nombres complaciendo.
De Numancia, Sagunto, y de Lepanto,
de Mexico, de Cozco, y de Pavia,
de San Quintin, de Almansa, y Camposanto,
De Roncesvalle, y tanto crudo dia
que en nuestros fastos con orgullo se halla,
y lee la juventud con alegria.
Deseaba llegase la batalla
en que las tropas que la Lipe ordena,
huyesen de Lisboa à la muralla,
O rindiesen el cuello à la cadena,
para venir de Atocha al templo santo,
que de hymnos victoriosos siempre suena;
Y dó ven las naciones con espanto
vanderas, y estandartes, y tambores
con nuestro gozo, y con ageno llanto:
Pero dias mas gratos, y mejores
iba trayendo el tiempo à los mortales,
enfrenando de Marte los rigores;
Y Carlos lastimado de los males,
que el mundo en tantos años padecia,
le quiso repartir bienes iguales;

Y asi como Neptuno volvió; el dia;
quietud, y sol al triste mar, turbado
por iras de la diosa, que queria
Anonadar la gente, à quien el hado
prometia el imperio de la tierra;
asi tambien al mundo encarnizado
En una larga, y horrorosa guerra
Carlos dió paz; y el mundo gozar pudo
los muchos bienes que su nombre encierra.
El soldado colgando el fuerte escudo
en el nativo hogar, al padre anciano,
con tono estraño, y ademán forzudo,
Contó los lances de la guerra, ufano
de que su simple voz oida sea
por cariñosa madre, tierno hermano,
Zagales toscos de la misma Aldea,
y la Zagala joven, y gallarda
con quien unir su corazon desea,
Y à quien el dia deseado tarda.
Yá de otro cahos la naturaleza
sale segunda vez; no se acobarda
El marinero ya con la fiereza
del mar, ni el labrador ya se detiene
en romper de la tierra la dureza.
Cada arte, y ciencia nueva vez previene
à quien la trate aplausos, y consuelo:
à los mortales la quietud ya viene;
Y la voz de los pueblos llega al Cielo
con júbilos, con gozo, y alegria,
el Cielo esparce su bondad al suelo:
Y yo sintiendo el deseado dia,
viendo en él mi esperanza fenecida,
pues la guerra tu gracia me ofrecia,
Vine à la corte, donde nueva vida,
nuevas lides ofrece, y nueva pena

con colores de gustos bien fingida.
Alli arrastré la rígida cadena
tan dura, que aun despues de rescatado
en mis oidos su ruido suena.
Si, fortuna, yo vi, (¡quán espantado
hasta ver que lo mismo siempre ha sido!)
vi lo que nunca huviera yo soñado,
Y por tus sacerdotes conducido
tus ritos vi, tus víctimas, y templo,
joven, audaz, y nada apercebido.
Guióme de otros muchos el egemplo,
cuya vida juzgaba yo calmada,
y ahora esclavitud triste contemplo.
Ya con rodilla ante el altar doblada
movió mi debil mano el incensario
por culto de una estatua inanimada.
La cara del amigo, y del contrario
mil veces vi con arte equivocarse,
la del cobarde, y la del temerario.
En fin vi con dolor adulterarse
virtud, honor, bondad; y con pasiones
del mas horrible genero mezclarse.
Me engañaste hasta aqui. ¡Quántas razones
tyrana me pusiste, deseando
llevarme mas allá! ¡Quantas me pones
Con rostro afable, y con acento blando
aun despues del desprecio, con que veo
al que vas abatiendo, ù ensalzando!
Lo sabes; y que yo solo deseo
huir de tí, porque jamas consigas
de mi pecho formar nuevo trofeo,
por mas que me acaricies, ò persigas.

Al Pintor que me ha de retratar.

ANACREONTICA.

DIscípulo de Apeles,
si tu pincel hermoso
empleas por capricho
en este feo rostro,
no me pongas ceñudo
con iracundos ojos,
en la diestra el estoque
de Toledo famoso;
y en la siniestra el freno
de algun bélico monstruo,
ardiente como el rayo,
ligero como el soplo:
ni en el pecho la insignia,
que en los siglos gloriosos
alentaba à los nuestros,
aterraba à los Moros:
ni cubras este cuerpo
con militar adorno,
metal de nuestras Indias,
color azul, y rojo,
ni tampoco me pongas
con vanidad de docto
entre libros, y planos,
entre mapas, y globos.
Reserva esta pintura
para los nobles locos,
que honores solicitan
en los siglos remotos.
A mí que solo aspiro
à vivir con reposo

de

de nuestra fragil vida
estos instantes cortos,
la quietud de mi pecho
representa en mi rostro;
la alegria en la frente,
en mis labios el gozo.
Ciñeme la cabeza
con tomillo oloroso,
con amoroso mirto,
con pámpano beodo:
el cabello esparcido
cubriendome los hombros,
y descubierto al ayre
el pecho bondadoso.
En esta diestra un vaso
muy grande, y lleno todo
de Xerezano nectar,
ò de manchego mosto.
En la siniestra un tirso,
que es bacanal adorno,
y en postura de bayle
el cuerpo chico, y gordo;
ò bien junto à mi Philis,
con semblante amoroso,
y en cadenas floridas,
prisionero dichoso.
Retratame, te pido,
de este sencillo modo,
y no de otra manera,
si tu pincel hermoso
empleas por capricho
en este feo rostro.

A la peligrosa enfermedad de Philis.

Anacreontica.

SI el cielo está sin luces,
el campo está sin flores,
los pájaros no cantan,
los arroyos no corren,
no saltan los corderos,
no baylan los pastores,
los troncos no dan frutos,
los ecos no responden.....
es que enfermó mi Philis,
y está suspenso el orbe.

A un Heroe, advirtiendo que aprecie à los poetas, porque ellos transmiten à la posteridad las hazañas de los hombres grandes.

LOS lauros que en la lid habeis ganado,
à Marte no ofrezcais agradacido:
vuestro nombre, y el triunfo conseguido
quedará en pocos años sepultado
en el eterno olvido.
Mas si con esas victoriosas manos
os despojais del ramo de la gloria,
y à Phebo dedicais vuestra victoria,
las musas à los siglos mas lejanos
llevarán la memoria.

Anacreontica.

DIme, dime muchacho;
quántas veces te he dicho,
que me des de lo añejo
quando te pida vino?
Anoche, en vez de darme
del viejo bueno tinto,
me diste malo, y nuevo,
y pagué tu descuido.
Apenas me llenaste
doce veces el vidrio,
con que suelo contento
brindar à mis amigos,
quando caí de espaldas
perdidos los sentidos,
haciendo de mí mofa
las chicas, y los chicos:
y sin duda quedára
en el suelo tendido,
à no tocarme Phebo
con sus rayos divinos,
quando de su carrera
llegaba al medio fijo.
Dame, dame del viejo,
à ver si con su brio,
y la Luna, que sale,
me sucede lo mismo.
Y si tal sucediere,
muchacho, te permito,
que en adelante traigas,
quando yo pida vino,
del nuevo, ò bien del viejo,
del blanco, ò bien del tinto.

Pasatiempos.

SAcó Fabio su libro de memorias,
en que todos los dias apuntaba
de su importante vida las acciones,
à la posteridad noticias gratas:
leyó de la semana antecedente
la cuenta que escribió con pluma exacta.
Lunes me enamoré: Martes lo dije:
el Miércoles me dieron esperanzas:
Jueves me amaron: Viernes fastidieme;
el Sabado di zelos, ví mudanzas:
el Domingo inclineme hácia otra parte.....
¡miren una semana bien gastada!

Anacreontica.
A un amigo sobre el consuelo que da la Poesia.

MI dulcísimo amigo,
à tí, y à mí quitarnos
los versos con que alegres
esta vida pasamos,
era quitar la yerba
al fresco, y verde prado,
el curso al arroyuelo,
y à las aves el canto.
Y porque algunos necios
desprecian al Parnaso,
al dios que nos inspira
hemos de ser ingratos?
¿Acaso su desprecio
equivale al regalo
con que suelen las musas

ve-

venir à consolarnos ?
¿Qué triunfos, qué victorias
ensalzan al soldado,
qué empleo al ambicioso,
qué moneda al avaro,
como al ardiente pecho
del Poeta inspirado,
quando lleno se siente
del Dios del Pindo sabio?
De amor, y de fortuna,
que al corazon humano
dan sustos à la vida,
dan à la muerte estragos;
la musa nos defiende,
Apolo nos da amparo.
Quando Philis me ofende
poniendo un ceño ingrato,
y quando tu Dorisa
te da un instante amargo:
¿ quál cosa de este mundo
pudiera libertarnos
de darnos cruda muerte,
ò de vivir penando,
sino aquel desahogo
que en la musa encontramos;
sino aquella dulzura
con que ella suele hablarnos?
Entonces en un verso
dejamos mil enfados,
y volvemos gozosos
en busca de otros tantos.
Pues, de la ciega diosa
los baybenes aciagos,
quando castiga al bueno,
quando premia al malvado

¿cómo puede sufrirlos
un corazon humano,
sino como nosotros
solemos tolerarlos?
despreciando sus premios,
su cólera burlando,
y todo sin mas armas,
que la pluma en la mano.

Anacreontica.

¿QUién es aquel que baja
por aquella colína,
la botella en la mano,
en el rostro la risa,
de pámpanos, y yedra
la cabeza ceñida,
cercado de Zagales,
rodeado de Ninfas,
que al son de los panderos
dan voces de alegria,
celebran sus hazañas,
aplauden su venida?
Sin duda será Baco
el padre de las viñas:
pues no, que es el poeta
Autor de esta letrilla.

Anacreontica

Devolviendo à dos amigos las coplas que ellos le habian enviado, y compuesto en una partida de campo.

ESos alegres metros
devuelvo á vuestas manos,
amigos de mi vida,
de Venus, y de Baco,
con mil amargas quejas
de no haber presenciado
los gustos de la mesa,
los placeres del campo,
y de que ausente, y triste
no pude acompañaros,
ya tomando la lira,
ya tomando los vasos.
Y aunque sé que en los versos
me venceriais ambos,
os venciera bebiendo,
y quedára vengado.

Carta de Florinda à su padre el Conde D. Julian despues de su desgracia.

SEñor, (pues ya no debe
apellidarte padre aquesta triste,
à quien el astro aleve
arrebató el honor que tu la diste)
te envio con mi carta mi quebranto,
mezcla tú mis renglones con tu llanto.
¡Ay! trémula mi mano
borra los caractéres que escribia,
porque el dolor tirano

agi-

agita con temblor la pluma mia,
mi mano en infortunio tan deshecho
imita lo agitado de mi pecho.
Conozco que mi aliento
antes que aquesta carta ha de acabarse:
tendrá nuevo tormento
mi corazon en no poder vengarse:
Florinda morirá, sin que en Rodrigo
vengues mi honor, castigues tu enemigo.
Quando tan fuerte sea
mi pecho, que á sus males no se rinda:
quando mi padre vea
su horror entre desdoros de Florinda,
muerto te quedarás, ¡ò padre amado!
y nuestro honor marchito, y no vengado.
Mas aunque no resista
mi fuerza à la ignominia de expresarla,
ni tu infelice vista
à la dura desdicha de mirarla,
à la posteridad estos renglones
acaso servirán como lecciones.
Al joven Don Rodrigo
hermosa parecí: llamóme hermosa.
¡Ay! ¡sobrado te digo
en frase tan sencilla, y azarosa!
El era Rey, y joven, y era amante;
y yo muger, hermosa, è ignorante.
¡Con qué tiernas miradas
me declaró el amor que me tenia!
¡Qué voces disfrazadas
con estudiado estilo proferia!
Sus ojos, y su boca se ligaban
contra mi corazon, y triunfaban.
Mi corazon ageno
de lo que amor se llama entre los necios,

se

se tuvo tan sereno,
que por alhagos tiernos dió desprecios;
pero de amor la inexplicable llama
à veces en el fuego mas se inflama.
¡Qué fiestas no intentaba
para lograr sus fines suntuosas!
La corte se admiraba
ignorando las causas asombrosas:
yo sola no ignoraba de estas fiestas
la causa, y conseqüencias: ¡qué funestas!
Mil veces al torneo
el mismo Don Rodrigo se veia
las alas del deseo
mezclar con las del trage que vestía:
el trage, la divisa, y la librea
los fines me explicaban de su idea.
Mil otras se postraba
à su triste vasalla el Soberano:
rendido me juraba
pondria sus dominios en mi mano:
alguna vez mas bajo se abatia,
diciendo que à mis pies todo pondría.
Las cargas del Reynado
tan duras de llevar, y tan precisas
dejaba descuidado
en manos, ò malvadas, ò indecisas.
¿Qual podria mandar un Reyno entero,
quien era de otro dueño prisionero?
Por fin los maliciosos
à costa de desvelos, y cuidados
supieron los dudosos
motivos, por él mismo, declarados.
Comenzaron sus necios artificios
à preparar mayores precipicios.
Algunos ignorando,

que el pecho femenino mas entero
suele rendirse blando
de la soberbia al tono lisongero,
quisieron deslumbrar el pecho mio
con ideas de mando, y poderio.
Decian: que grandeza,
Palacio, España toda, el mundo entero
à mis pies su cabeza
al punto rendiría con esmero;
y que aceptase el lauro prodigioso
de ser Reyna del Rey mas poderoso.
A todos resistia
tu hija combatida de mil modos:
solo se defendia
mi honor, que se oponia contra todos:
contra el amor en artes abundante
solo el honor consigue ser triunfante.
Triunfé: pero Cupido
viendose de mi triunfo avergonzado,
y viendose vencido,
à todos los delitos arrestado,
à la astucia juntó ya la demencia,
engaños, amenaza, y violencia.
Un dia (¡con qué agüeros
me lo predijó el Cielo! con qué susto!)
con aspectos severos
nublado el sol no vió al Rey injusto:
un negro gabilán vi que seguia
à una tierna paloma que le huía.
Yo vi que à una cordera
un lobo deboraba ensangrentado:
yo vi su saña fiera
al pie de mi palacio desgraciado:
¡necia de mí que con agüeros tales
no me temi los mas atroces males!

En ese mismo dia
Rodrigo me llamó, y asi me dijo:
tu noble valentia
venció por fin à mi fervor prolijo:
admiro tu virtud, y la venero,
yo mismo envidio un pecho tan entero.

Florinda, ya se acaba
de mi persecucion el necio empeño;
aun mi alma se alaba
de humillarse à la fuerza de tu ceño:
vive felice sin temor, ni susto,
ya no aspiro à mas gusto, que tu gusto.

Mis lágrimas siguieron
del gozo à la sorpresa de mi oido,
como seguir se vieron
al susto en otro tiempo conocido;
y mi alma con tan nuevas mutaciones
lloraba, y aplaudia sus blasones.

Al fin agradecida
à sus plantas postréme presurosa:
juréle que en la vida
olvidaria accion tan generosa,
y que la sangre toda de mi gente
verteria en su obsequio reverente.

Iba mi entendimiento
con lágrimas, y voces à explicarse
en su agradecimiento;
quando mi corazon senti turbarse,
y con el nuevo gozo enagenada
caí entre sus brazos desmayada.

¡Mas Cielo! mi hermosura
sin duda nuevo lustre en mi tristeza;
y su osada locura
nuevas fuerzas tomó de mi flaqueza:
y mi alma entre las sombras de la muerte

dejó de ser, como en la vida, fuerte.
Volvi del accidente.
¡Ojala que à la vida no volviera!
y Rodrigo insolente
mirabame con complacencia fiera,
diciendo: ves Florinda como el Cielo
favoreció mi ardor, y mi desvelo?
Lo que tu has resistido
con tan ciego teson, y tirania,
el Cielo ha permitido
en un instante: ya te he hecho mia.
Lo que ha empezado el Cielo prosigamos
en dulce union el tiempo que vivamos.
Al oirle, y mirarme
rompi los nudos que su brazo hacía,
y fiera al arrancarme
cobré la voz, y al tiempo que él huía,
dije: ¡Ay de tí Rodrigo! tus maldades
han de llorar las míseras edades.
¡Qué necia! qual sonaba
mi voz por el palacio del delito!
¡Qué triste publicaba
el crimen de Rodrigo, y mi conflicto!
Venganza, si, venganza repetia,
y al cielo, y à la tierra la pedia.
Viendo que tierra, y cielo
sordos estaban siempre à mis oidos,
solo pedi consuelo
à mis tristes potencias, y sentidos.
¡Excesos son de la venganza insanos!
Quise matar al Rey con estas manos.
Pensé yo convidarle
à mi jardin, con facil fingimiento
mi pecho presentarle,
como cambiando en gusto su tormento
de-

decirle que podía sin recelo
contar con mi terneza su desvelo.
Y al tiempo que él demente,
con la amorosa llama deslumbrado,
se llegase impaciente
al pecho à quien creia conquistado;
con un puñal labar en su torpeza
la mancha derramada en mi flaqueza.
Mas sin duda los Reyes
son de tan superior naturaleza,
que las humanas leyes
humillan el rigor, y fortaleza;
y solo puede castigar coronas
quien maneja los astros, y las zonas.
Ya me falta el aliento
para la grave empresa meditada;
un impulso violento
me detiene la mano levantada,
y en tan dudoso, obscuro, y cruel abismo
vuelvo el puñal contra mi pecho mismo.
Y al punto (¿quién creyera
que faltára à Florinda valentia?)
que lo emprendo severa
tiembla cobarde aquesta diestra mia.
Y asi à mi padre en mi desdicha apelo
por muerte, por honor, y por consuelo.

El poder del oro en el mundo. Dialogo entre Cupido, el Poeta.

Poeta. Tu imperio ya se acaba:
guarda, niño, las flechas en la aljaba.
Cupido. Pues y los corazones,
¿cómo han de conquistarse?
Poeta. Con doblones.

Sen-

Sencillas ponderaciones de un Pastor á su Pastora.

DEste modo ponderaba
un inocente Pastor
à la Ninfa à quien amaba
la eficacia de su amor.
¿Vés quantas flores al prado
la Primera prestó?
pues mira, dueño adorado,
mas veces te quiero yo.
¿Vés quanta arena dorada
Tajo en sus aguas llevó?
pues mira, Philis amada,
mas veces te quiero yo.
¿Vés al salir de la aurora
quanta avecilla cantó?
pues mira, hermosa Pastora,
mas veces te quiero yo.
¿Vés la nieve derretida
quanto arroyuelo formó?
pues mira, bien de mi vida,
mas veces te quiero yo.
¿Vés quanta abeja industriosa
de esa colmena salió?
pues mira, ingrata, y hermosa,
mas veces te quiero yo.
¿Vés quantas gracias la mano
de las deidades te dió?
pues mira, dueño tirano,
mas veces te quiero yo.

A los dias del Exmo. Señor Conde de Ricla.

SAlid, Ninfas del Ebro:
à mis voces juntad vuestra harmonía;
cantad al que celebro
en su dichoso, y deseado dia:
salid Ninfas cantando,
y el eco suene con acento blando.
Una tropa ligera
de Sátiros, y Faunos, y Silvanos
impaciente os espera
venida de los montes mas lejanos;
para formar su danza,
y lloran tristes ya vuestra tardanza.
Las aves lo supieron,
(sin duda de algun numen inspiradas,)
y mas prontas unieron
sus voces por los Cielos concertadas;
y con voz mas sonora
mas presto despertaron à la aurora.
Apenas del oriente
abrió las puestas la rosada aurora,
quando el prado, y la fuente
vistió la mano de la diosa Flora;
regando el verde suelo
con el sonoro, y liquido arroyuelo.
Pisad, Ninfas del prado,
con libre pie la rosa, y la azucena;
y del pelo dorado
caygan las perlas en la orilla amena;
porque adorno mas bello
à vuestra sien dará vuestro cabello.
¡Egregio Villalpando!
Assi cantaba yo con bajo acento,

y lira humilde, quando
senti en mis venas un ardor violento;
qual suele de repente
de Etna brotar un igneo torrente.
Y asi como se estiende
por campo, valle, prado, selva, y monte
la llama; y mas se enciende,
y parece abrasado el orizonte;
asi sentime luego
todo encendido en un sagrado fuego.
No pisa mas osada
la Tripode que anuncia lo futuro,
la Pitica inspirada,
à quien Phebo abre el libro siempre obscuro,
donde estan estampados
los divinos secretos de los hados.
Ni se le heriza el pelo,
ni la voz se le turba en la garganta,
ni mira osado al cielo,
ni lleno ya de fuerza se levanta
con el ardor, y asombro,
que mi alma siente, quando yo te nombro.
Ni del vulgo profano
la turba ofrece reverente oido
al tono mas que humano,
que el Sacerdote Pithio ha proferido,
con mas sagrado espanto,
que el mundo me oye, si tu nombre canto.
Ya veo que del rio
cuyo nombre ha tomado España entera,
al fuerte acento mio,
sale el anciano dios con faz severa,
y tridente en la mano
igual al de Neptuno soberano.
Ya aparta del cabello

los

los juncos, y las conchas, y corales;
y por el duro cuello
lo esparce en largas trenzas desiguales,
con la nerbuda diestra,
y la ancha frente, y sus arrugas muestra.
Con la siniestra aplica
à su gran boca un caracol horrendo,
que sus voces duplíca,
causando al eco un nunca oído estruendo;
siete veces le toca,
y siete tiembla la cercana roca.
Y mirandome adusto
(sintiendo que un mortal alcance à tanto,
que conmueva à su gusto
à las mismas deidades, con su canto)
de envidia, y rabia lleno
vuelve à sus ondas por su verde seno.
Detiene su corriente
el Ebro, y se sosiega la onda pura;
y ácia el golfo de oriente
su curso, como suele, no apresura;
y Neptuno irritado
echa menos el feudo acostumbrado.
Ya del tranquilo rio
las ninfas, y tritones van saliendo;
estos con grande brio
las importunas olas van abriendo;
porque salgan gustosas
las ninfas en sus conchas primorosas.
Zagalas, y pastores,
que esperais en la orilla su llegada,
decid, si otras mayores
bellezas vió jamás vuestra morada?
Decid, verdes orillas,
si nunca visteis tales maravillas?

Apenas han salido
del agua, quando dan dulces acentos
al eco suspendido,
y su gozo se esparce por los vientos.
Decid, aves canoras,
si nunca oisteis voces tan sonoras?
Ya la mansa corriente,
à la orilla felíz bien envidiada,
las lleva blandamente;
y los Tritones sienten su llegada,
y sacando ácia afuera
los brazos, cada qual la suya espera.
Uno, que mas desea
la vuelta de su amada ninfa, dice:
vuelve, mi Galatea,
vuelve al constante amor de este infelice,
asi la Cipria Diosa
te haga cada dia mas hermosa.
Esto mismo repite
cada qual à la suya con terneza;
y sabroso convite
le prepara en señal de su fineza,
de peces, y de frutas,
que el rio cria dentro de sus grutas.
Pero ellas no se cuidan
de tanto anhelo, y de dulzura tanta,
viendo que las convidan
à herir el suelo con ligera planta
pastores mas hermosos,
y sátyros, y faunos bulliciosos.
Templanse los panderos,
y flautas, y zampoñas pastoriles,
con los suaves gilgueros,
y zagales con voces juveniles;
y con sus blancas manos

tocan las ninfas sones mas que humanos.
La mas bella levanta
al alto Olimpo tu eminente cuna;
y con brio te canta
superior al poder de la fortuna:
y viva Ricla, viva,
exclama el coro de la comitiva.
Otra su voz ofrece
à lo benigno de tu noble pecho;
è igualarlo parece
à los influxos del empyreo techo:
y el coro junto exclama,
que Ricla viva con eterna fama.
Otra dice, que fuiste
al Reyno ultramarino del Gran Carlos;
que à los Indios pusiste
baxo su amparo, para rescatarlos;
y el gran coro vocea,
viva el gran Ricla: venturoso sea.
Otra ninfa te canta
venciendo con estrago à los Germanos;
y dice: quánto espanta
el hierro, si lo esgrimen esas manos!
y el coro, que lo ha oído,
repite: viva quien triunfante ha sido.
Otra dice tu zelo
para las armas del Hispano Marte;
la bóbeda del cielo
vuelve mayor su voz para alabarte;
y el coro escucha atento,
y dice: viva, con sonoro acento.
A cada ninfa hermosa,
que cantaba con zelo tus loores,
la comitiva ansiosa
ofrecia guirnaldas de mil flores,

y ella se las quitaba,
y en tu estátua de marmol las dexaba.
Y el tiempo, grave anciano,
con hoz irresistible, y destructora,
se aparece; y ufano
mirando à la quadrílla que te adora,
dice: *este será el solo*
à quien defienda de mi brazo Apolo.

Anacreontica.

VUelve, mi dulce lira,
vuelve à tu estilo humilde,
y dexa à los Homeros
cantar à los Achiles.
Canta tú la cabaña
con tonos pastoriles,
y los épicos metros
à Virgilio no envidies.
No esperes en la corte
gozar dias felices,
y vuelvete à la aldea,
que tu presencia pide.
Ya te aguardan zagales,
que con flores se visten,
y adornan sus cabezas,
y cuellos juveniles.
Ya te esperan pastores,
que deseosos viven
de escuchar tus canciones,
que con gusto repiten.
Y para que sus voces
à los ecos admiren,
y repitan tus versos
los melodiosos cisnes,

Vuelve, mi dulce lira,
vuelve à tu tono humilde,
y dexa à los Homeros
cantar à los Achiles.

A las bodas de Lesbia.
Anacreontica.

APaga Cupido
tu ligera llama,
si enciende Himeneo
sus antorchas sacras.
Respeta de Lesbia
la mano ligada
à la de su dueño
con tiernas guirnaldas.
Virtud, y modestia,
honor, y constancia,
por medio del templo
la llevan al ara.
Tus armas son pocas
para arrebatarla
de la tropa fuerte,
que ya la acompaña.
Y si tus intentos
à tanto llegáran,
vencido, abatido,
burlado quedáras.
Y nuevo trofeo
sería tu aljaba,
del triunfo seguro
que honor alcanzára.
No mas me presentes
con lisonjas falsas
mudables cimientos

pa-

para mi esperanza;
que de sus virtudes
à la luz sagrada
huyen las ideas
culpables, y vanas,
como en noche obscura
entre las montañas
el miedo al viajante
pinta sombras varias,
hasta que del carro
de Phebo las llamas,
esparciendo luces,
disipan fantasmas.

Anacreontica.

UNos sábios gritaban
sobre el sabor, y nombre
del licor, que ofrecia
Ganimedes à Jove,
en las celestes mesas,
convidados los Dioses,
suspensos los luceros,
y admirados los hombres;
y yo dixe à mi Philis:
dexales que den voces.
El nombre nada importa,
y del sabor, responde,
que será el que tú dexas,
quando los labios pones,
en la copa en que bebes
los béticos licores,
quando contigo bebo,
quando conmigo comes;
y dexales que griten

sobre el sabor, y nombre
del licor, que ofrecia
Ganimedes à Jove.

Cuento.

EN el obscuro bolsillo
de un miserable avariento
reynaba un sumo descanso,
duraba un largo silencio.
Ni Sol, ni Luna podian
enviar sus luces dentro,
para dar un corto alivio
à los tristes prisioneros.
Ya de esto habrá colegido
el lector, como discreto,
y si no, como atrevido,
(que suele valer lo mesmo,
y mil veces confundirse
discrecion, y atrevimiento)
Ya habrá, digo, discurrido,
como digo de mi cuento,
que los tristes habitantes
de aquel castillo tremendo
no veían los theatros,
las máscaras, los paseos,
los banquetes, las visitas,
las tertulias, y los juegos;
ni tampoco iban à hablarles
aquellos hombres molestos,
de estos que hay, que por hablar,
irán à hablar con los muertos.
Solamente en él entraban
siempre de noche, y con tiento,
del dueño de la prision
los largos, y frios dedos;

con-

contabalos uno à uno
cien veces, y aun otras ciento.
Pues, Señor, entre los tales
tristísimos prisioneros
los habia muy alegres,
(ò Philosofos, ò necios,
pues solo en estas dos clases
se ven penas con sosiego)
y por no saber qué hacerse,
se estaban entreteniendo
en contar las travesuras,
que los malvados hicieron
quando andaban por el mundo
campando por su respeto.
Oyólos un ratoncillo,
vecino de mi aposento,
que en él suele comer libros,
porque no halla pan, ni queso;
y todo me lo contó,
prometiendole el secreto,
porque el raton, y yo somos
amigos, y compañeros,
y pasamos nuestras hambres
él, y yo contando cuentos.
Asi dice que decian,
oygalo el sábio, y discreto....
pero no quiero decirlo,
porque se oyeran enredos,
culpas, delitos, y fraudes,
osadias, y portentos,
que prueban lo que es el hombre,
y lo que puede el dinero.

Letrillas satyricas, imitando el estilo de Gongora, y Quevedo.

QUe dé la viuda un gemido
por la muerte del marido,
ya lo veo:
Pero que ella no se ría
si otro se ofrece en el día,
no lo creo.

Que Cloris me diga à mí,
solo he de quererte à tí,
ya lo veo:
Pero que, siquiera, à ciento
no haga el mismo cumplimiento,
no lo creo.

Que los maridos zelosos
sean mas guardias, que esposos,
ya lo veo:
Pero que están las malvadas
por mas guardias mas guardadas,
no lo creo.

Que al ver de la boda el trage
la doncella el rostro baxe,
ya lo veo:
Pero que al mismo momento
no levante el pensamiento,
no lo creo.

Que Celia tome el marido
por sus padres escogido,
ya lo veo:
Pero que en el mismo instante
ella no escoja el amante,
no lo creo.

Que se ponga con primor

Flora en el pecho una flor,
ya lo veo:
Pero que astucia no sea
para que otra flor se vea,
no lo creo.

Que en el templo de Cupido
el incienso es permitido,
ya lo veo:
Pero que el incienso baste
sin que algun oro se gaste,
no lo creo.

Que el marido à su muger
permita todo placer,
ya lo veo:
Pero que tan ciego sea,
que lo que vemos no vea,
no lo creo.

Que al marido de su madre
todo niño llame padre,
ya lo veo:
Pero que él por mas cariño
pueda llamar hijo al niño,
no lo creo.

Que Quevedo criticó
con mas sátyra que yo,
ya lo veo:
Pero que mi musa calle,
porque mas materia no halle,
no lo creo.

Traduccion de Horatio.

AL constante varon de animo justo
jamás imprime susto
el furor de la plebe amotinada;

ni la cara indignada
del injusto tyrano;
ni del supremo Júpiter la mano,
quando irritado contra el mundo truena;
ni quando el norte suena,
caudillo de borrascas, y de vientos.
Si el orbe se acabára,
mezclados entre sí los elementos,
el justo pereciera, y no temblára.

Desdenes de Philis.

Egloga.

Entre Dalmiro, y Ortelio, Pastores.

Poeta.

COmo la tortolilla en su retiro
con solitarios llantos, y lamentos,
triste se quexa del rigor del hado,
así en un bosque el infelíz Dalmiro
sus quexas amorosas daba al viento,
de verse de su ninfa abandonado:
lexos de su ganado,
de su cabaña ausente,
en su dolor demente,
de todos, y de todas se ausentaba;
lloraba, y sus sollozos duplicaba:
sola la soledad apetecia,
porque ella le imitaba
con tanta natural melancolía.
¿Quántas veces el Sol, quántas la Luna
sus concertados giros revolvian,
y al pie del mismo tronco le encontraban?
El vecino arroyuelo, y la laguna
helarse, y deshelarse se veían,

y mudado à Dalmiro nunca hallábafi.
Las aves que pasaban
hallaban à Dalmiro
en el mismo retiro.
Las mismas voces con el mismo acento,
solia dar à la region del viento;
el eco de sus voces se cansaba,
porque de su lamento
lo mismo cada dia duplicaba.
Si alguno sin morir ha padecido
de zelos, y desdenes la aspereza
sabrá lo que Dalmiro padecia:
ya estaba à tal estado reducido,
que ni aun llorar podia su tristeza:
falto de fuerza estátua parecia:
morirse se veía;
y sin duda muriera,
si algun Dios no quisiera
que en lo sereno de la noche clara
con su rebaño Ortelio se acercára,
y conociera à su Dalmiro amado,
pero no por la cara,
que ésta se habia ya desfigurado.
Ortelio por los ayes conducido
al triste objeto que en los ayes daba,
llegó, miró: y prorrumpió en lamentos.
Por su antigua amistad enternecido,
su pecho al de su amigo ya acercaba:
ya le daba sabrosos alimentos,
ya varios condimentos
de yervas, y de flores,
por si con sus odores
sacarle del letargo conseguía.
En vano con dulzura socorria
en sus brazos al triste moribundo;
mo-

morir con él quería.
¡Ya no hay tales amigos en el mundo!
Dalmiro abrió los ojos lentamente,
y los fixó sobre su Ortelio amado;
y al punto que le vió, sintió consuelo.
Esfuerzos hizo con su voz doliente,
para contar à Ortelio su cuidado,
su llanto, su dolor, su desconsuelo.
Hasta que quiso el cielo,
que en tal amigo hallára
consuelo que bastára,
contandole con quexa su quebranto.
En todo el mundo no hay consuelo tanto,
como contar à su leal amigo
el motivo del llanto,
sin arte, sin respeto, sin testigo.

Este coloquio entre los dos pastores
pasó: si lo oye alguna ninfa bella,
quál se envanecerá de su hermosura,
al ver que al hombre matan los rigores
de la beldad, mas que los de la estrella,
como prueba esta lúgubre aventura!
En la verde espesura
de este modo se hablaron,
y la historia trataron:
no se tenga por cuento fabuloso;
es tan seguro, como lastimoso:
todo pastor de amores escarmiente
lance tan horroroso,
y escuche este coloquio atentamente.

Ortelio.

O tierno amigo de este pecho mio!
ò Dalmiro, el mejor de los pastores!
dime la causa de tus graves males.
Te veo moribundo, yerto, frio,

y perdidos del rostro los colores,
y tus ojos parados, y mortales.
Alientos desiguales
tu pecho da con pena.
La voz se te enagena:
Ay! sacame, te pido, del cuidado:
si acaso mi amistad has olvidado,
te pongo empeño superior ahora.
Dime lo que ha pasado,
te lo pido por Philis tu pastora.

Dalmiro.

Ortelio! amado Ortelio! calla, calla!
aumentas con nombrarla mi quebranto.
Si el verla me causó tanta alegria,
este tiempo pasó, tan otro se halla,
que sí tú me la acuerdas, en el llanto
verás el fin de aquesta vida mia.
En triste aciago dia
miré yo su hermosura!
O quánta desventura
aquel funesto dia ha producido!
No sé como mi fuerza ha resistido.
O necia ceguedad de los mortales!
Quántas veces ha sido
un bien principio de increibles males!

Ortelio.

Quién? Philis? la que tanto te queria?
La que un amor sin fin te aseguraba
delante de zagalas, y pastores?
la que buscaba flores
por el valle, y el prado,
y un ramo bien ligado
con cinta del color de la firmeza
te daba, como prenda de fineza?
La que te permitia que lleváse

su falda tu cabeza,
y la siesta de Agosto asi pasáse?

Dalmiro.

La misma, sí, la misma: quién creyera
que la que fue tan buena se trocára
en exceso de fraude, y tyranía?
Mas facilmente imaginado hubiera,
que el zéfiro borrascas abortára,
y la Luna saliera por el dia.
Mas facil parecia
vivir el tygre fiero
con el manso cordero;
salir los astros por el occidente;
volver un rio contra su corriente;
dar los cipreses rosas olorosas;
y andar el inocente
seguro por ciudades engañosas.
Lo que le parecia mas posible,
no ha sucedido al infelíz Dalmiro:
lo que juzgué imposible me sucede.
Es zéfiro, como antes, apacible;
la Luna por la noche da su gyro;
al tygre la cordera el puesto cede;
ni el rio retrocede;
ni ha mudado la Aurora
su antiguo curso, y hora;
ni del ciprés se acaba la tristeza;
ni en las ciudades fraude, y sutileza.
El orden de las cosas no ha variado
en la naturaleza;
y Philis, sola Philis, se ha mudado.

Ortelio.

Y tú, Dalmiro, cuyo altivo pecho
triunfaba ufano del rigor mas fuerte,
que à veces te ofrecia tu pastora,

ese

ese valor acaso se ha deshecho,
que tan triste, y postrado llegó à verte?
Para quándo tu fuerza vencedora?
Aliento, pues, ahora,
y suspende ese llanto:
no merecia tanto
la misma madre del rapáz Cupido,
la misma Venus, nunca ha merecido
el dominio de una alma generosa.
El merito ha perdido
por ser muger, si lo ganó por Diosa.

Dalmiro.

Tienes razon: pero valor no tengo:
ya muero, sí, ya muero: ni un instante
me queda de una vida tan cansada:
si algun aliento... alguna voz mantengo,
solo es para pedirte, que à mi amante,
mal dixe, que à mi ingrata, que à mi amada,
digas, que está acabada
de Dalmiro la vida,
que queda complacida,
que muero, qual viví, suyo de veras:
ya siento de mis ansias las postreras;
à Dios, Ortelio, ya me siento yerto
entre congojas fieras.

Poeta.

Esto dixo Dalmiro, y quedó muerto.
Ortelio, del cadaver cuidadoso,
una tumba erigió, como es debido,
con ramas de cipreses enlazadas,
no de mirto, que à Venus es gustoso,
ni de yedra, que es grata al Dios Cupido,
ni de otras yervas al amor sagradas.
Dexólas coronadas
con un corto letrero,

(y nada lisonjero,
como otros epitafios, que ha dictado
la adulacion,) porque éste fue gravado
solo para ejemplar de otros amores:
yo le tengo copiado,
y asi decia: escarmentad pastores.

Engañando está Dalmira
al Pastor que la enamora;
pero él responde: Pastora,
¿eso es verdad, ò mentira?

Glosa.

Ella dice: dulce dueño;
toda es tuya el alma mia;
en tí pienso todo el dia,
contigo de noche sueño.
Dime, Pastor, no te admira
la virtud de quien te adora?
Pero él responde: Pastora,
¿eso es verdad, ò mentira?
Ella dice: si la suerte
una corona me diera,
¡quan gozosa la perdiera,
mi dueño, por no perderte!
Tu Pastora solo aspira
à que la ames, qual te adora.
Pero él responde: Pastora,
¿eso es verdad, ò mentira?

Injuria el Poeta al amor.

AMor, con flores ligas nuestros brazos:
los mios te ofreci lleno de penas;
me echastes tus guirnaldas mas amenas:
secaronse las flores; vi los lazos,
y vi que eran cadenas.
Nos guias por la senda placentera
al templo del placer ciego, y propicio;
yo te segui, mas viendo el artificio,
el peligro, y tropel de tu carrera,
vi que era un precipicio.
Con dulce copa al parecer sagrada
al hombre brindas de artificio lleno;
bebi: quemóse con su ardor mi seno;
con sed insana la dejé apurada,
y vi que era veneno.
Tu mar ofrece con fingida calma
bonanza sin escollo, ni contagio:
yo me embarqué, con tan falaz presagio:
vi cada rumbo, que se ofrece al alma,
y vi que era un naufragio.
Al carro de tu madre, ingrata diosa,
vi que tiraban aves inocentes:
besaronlas mis labios imprudentes:
el pecho me rasgó la mas hermosa,
y vi que eran serpientes.
Huye amor de mi pecho ya sereno:
tus alas mueve à climas diferentes:
lleva à los corazones imprudentes
cadenas, precipicios, y veneno,
naufragios, y serpientes.

A la Fortuna.

FOrtuna, á quien el vulgo llama diosa,
(y tanto tu inconstancia lo desmiente;)
ni creas que tu ceño me amedrente,
ni que por ver tu cara mas gustosa
immute yo mi frente.
Con ella levantada te he mirado,
despreciando tus males, y tus bienes;
y quando de triunfar del Orbe vienes,
te venzo; y del laurel que tu has ganado
corono yo mis sienes.

Al espejo de Philis.

CRistal, como eres liso, puro, y llano;
no sabes lo que importa el fingimiento:
à Philis, enseñando su hermosura,
igualaste lo altivo con lo bello.
Tan niña como amor era mi Philis,
quando te señaló por consejero,
contigo consultando los designios
de encadenar à todo el universo.
Si entonces tú sus fuerzas le ocultáras
mil daños evitáras à este pecho,
primer cautivo que en el de ella tuvo
encanto, y carcel con dorados hierros.
Pero tú claramente le dígiste,
que no igualaba el oro à sus cabellos,
y que en ellos tenia mil tesoros
para soborno del entendimiento:
Que no habia en el mundo tales dardos
como los rayos de sus ojos negros.
Entró en campaña, y con tan fuertes armas

miró, y triunfò de todo el orbe entero.
De los ojos humildes, y postrados
el lánguido bajar rendido, y tierno
para templar las iras de un amante
quando conviene para sus intentos:
El levantar los ojos enojados
con ayre magestuoso de desprecio,
p.ra enfrenar de algun osado amante
en su pasion el atrevido afecto:
El inquieto volver con gozo, ò susto
los ojos por la tierra, ò por el cielo
para encontrar errantes por el ayre
los de un amante facil, y ligero:
El pararlos tambien à un solo punto
para fijar los de un amante inquieto,
y las demas funciones de los ojos
tú la enseñaste, y todos padecemos.
Tu escuela la enseñó de las risitas
mas, ò menos fingidas los misterios,
tapando con gracejo el abanico
los dientes, que en la risa ya se vieron.
El asomar las lágrimas, si acaso
han de causar algun terrible efecto,
y el retirarlas, quando à la tristeza
conviniese mezclar algun tormento:
Aquel llevar la mano à la cabeza,
tomando flor, ò cinta por pretexto,
y siendo el enseñar la hermosa mano
el solo fin de tan sutil manejo:
Todos estos sabidos artificios
con muchos mas que para mí reservo;
tú solo la enseñaste: mas no sabes
como se vale de la fuerza de ellos.
¡Ay! no la digas mas las perfecciones
que en su hermosura deposita el cielo,

ò pide à las deidades que de bronce
pongan un corazon en este pecho.

Epitafios para poner sobre las sepulturas de varios amantes.

I.

De una muger que murió de pura constancia.

SOlo murió de constante
la que está bajo esta losa.
Acercate, caminante,
pues no murió tal amante
de enfermedad contagiosa.

II.

Al mismo asunto.

Tan al Fenix parecida
es la constante muger,
que si no vuelve à nacer
de su tumba, está perdida
la fineza en el querer.

III.

De un marido zeloso.

Este difunto era esposo,
y los zelos le mataron:
de ejemplar tan horroroso
los demas escarmentaron,
pues ya ninguno es zeloso.

VI.

De uno que murió, porque no logró casarse con quien queria.

El que está aqui sepultado,
porque no logró casarse,

murió de pena acabado.
Otros mueren de acordarse
de que ya los han casado.

V

De un Filósofo que murió desesperado, porque la Filosofía no le libertaba del amor.

Porque su Filosofía
contra el amor no bastó
este sabio se murió:
dijo una que esto leía,
no soy Filósofa yo!

VI.

De un amante tímido.

Viajante, te has de parar,
y mirar la sepultura
de uno, que supo olvidar;
que aquel que no se aventura,
nunca pasará lo mar.

VII.

De una vieja que murió de amores.

Una vieja ha fallecido
de amor, y aquí se enterró.
Considere el advertido,
si enamorada murió,
que tal habria vivido.

Felicio nuevo amante de Philis.

¿ESTás envanecido, ò nuevo amante,
de esa conquista, que antes era mía,
pensando mantenerte eternamente?
Si discurres que tú la harás constante,

te engaña tu infelice fantasia,
como la mia me engañó inocente.
Un rápido corriente,
el mas veloz venado,
el mar mas encrespado
es menos imposible que detengas;
que no que un solo punto te mantengas
en ese corazon que me ha dejado;
y es bien que te prevengas
à verte, qual me ves, abandonado.
Ni creas juramentos numerosos
por sus hermosos labios repetidos,
y por sus bellos ojos confirmados.
En lances los mas tiernos, y amorosos
los recibieron estos mis oidos,
entre tan dulces voces encantados.
¡Ay! fueron quebrantados
tan altos juramentos,
y de los elementos
ninguno me dejó de ser testigo.
Su falso pecho, pues fingió conmigo,
has de temer aunque insensato seas
que fingirá contigo,
por mas que entre fortunas hoy te veas.

Versos para varias estampas que representan los principales amores de la Fábula.

Jove introduciendose en la Torre de Dánae convertido en lluvia de oro.

UNA vez Jove intentó
una conquista imposible:
el oro la hizo factible.
Mil Joves conozco yo.

Bo-

Boda de Venus con Vulcano, asistiendo Marte con los demás dioses al banquete.

¡Venus alegre, y mocita!
¡Vulcano viejo, y zeloso!
¡Marte amigo del esposo!
¡Ay que boda tan bonita!

El Juicio de Paris, que da la preferencia à Venus sobre Minerva, y Juno.

A Venus el premio diste,
y el buen gusto lo aprobó;
tambien te lo apruebo yo,
pues con las diosas que viste,
mi diosa no concurrió.

Eneas encuentra à su esposa Creusa en los campos Eliseos, habiendola perdido en la noche que salió de Troya.

¿Quando me hubiste perdido
los dioses no mevengaron?
Si: que al punto pronunciaron;
la muger pierda al marido,
y obedecidos quedaron.

Medea despues de haber facilitado à Jason la conquista del Vellocino por medio de sus encantos.

Medea à Jason decia:
¿habrá quien mas diestro sea,
en mágica hechiceria?
Y Jason le respondia:
yo que te hechicé, Medea.

So-

Sobre los varios meritos de las mugerès.

DEl precio de las mugeres
son varios los pareceres:
cada qual defiende el suyo.
Yo que de disputas huyo,
que nunca gustosas son,
à todos doy la razon,
y con todas me contento:
oid hasta el fin del cuento.
Unos gustan de que sea
su dama hija de la aldea,
de sencillo pecho, y trato,
y que no les dé el mal rato
de artificiosos amores:
que se salga à coger flores
por el campo el mes de Mayo,
con ligero, y pobre sayo,
que de sus abuelas fue.....
Y tienen razon à fé.
Otros de mas alto porte
quieren damas de la corte,
con magestad, y nobleza,
aun mayor que la belleza,
con adorno, y compostura,
que dé brillo à su hermosura,
con fausto, y obstentacion.....
Y á fé que tienen razon.
Unos gustan de sabidas,
(que leidas, y escribidas
el vulgo suele llamar,)
y que sepan conversar
del estado, paz, y guerra,
del ayre, agua, fuego, y tierra,

con la Gazeta, y café....
Y tienen razon à fé.

Otros son finos amantes
de las que son ignorantes,
y que entregaron su pecho
sin saber lo que se han hecho,
que lloran al preguntar,
qué cosa es enamorar?
y dónde está el corazon?....
Y à fé que tienen razon.

Unos aumentan su llama
quando es juiciosa la dama,
circunspecta, sèria, y grave,
y que la crítica sabe
del vos, del tú, y del usté....
Y tienen razon á fé.

Otros, al contrario, quieren,
que las niñas que nacieren,
nazcan vivas, y joviales,
y se crien tan marciales,
que de dos, ò tres vaybenes
entreguen sin mas desdenes
las llaves del corazon.....
Y à fé que tienen razon.

Traduccion de Catulo.

DE mi querida Lesbia
ha muerto el pajarito,
el que era de mi dueño
la delicia, y cariño,
à quien ella queria
mas que à sus ojos mismos.
Llorenle las bellezas,
llorenle los cupidos,

llo-

llorenle quantos hombres
primorosos ha habido.
Porque era tan gracioso,
y con tan bello instinto
conocia à su dueño,
como à su madre el niño.
Ya se estaba en su seno,
ya daba un vuelecito
al uno, y otro lado,
volviendo al puesto mismo:
su lealtad, y gozo
mostrando con su pico.
Ahora va el cuitado
por el triste camino
por donde nadie vuelve
despues de haber partido.
O! mal haya, mal haya
vuestro rigor impio,
tinieblas destructoras,
crueldad del abismo!
Que destruyendo al mundo,
tambien habeis sabido
arrebatar de Lesbia
el pajaro querido.
O malvados rigores!
O triste pajarillo!
Que causan à mi Lesbia
duro llanto continuo,
quitando à sus ojuelos
aquel hermoso brillo.

De los amores de varios Poetas. Anacreontica.

OVidio amó à Corina,
como Tibulo à Delia,
à su Cintia Propercio,
y Catulo à su Lesbia,
y à venideros siglos
dixeron sus ternezas.
Tambien fueron amantes
los modernos Poetas:
testigos son los nombres,
que en las frescas riberas
del Tamesis, del Tiber,
del Tajo, y de la Sena
llevan alegres nombres
de felices bellezas,
amadas por los hijos
del Dios que en Delphos reyna...
Y yo quiero à mi Philis;
y si ellos me superan
en la dulce armonía,
mi alma se consuela,
porque Philis las vence
à todas en belleza;
y lo que por mí pierdo,
vengo à ganar por ella.

Retratase el Poeta de las injurias que dixo al amor en el mismo metro.

AMor, yo te injurié lleno de penas,
quando Philis me hirió con sus rigores:
pero ha vuelto à mi pecho sus favores,

vuel-

vuelveme à echar tus lazos, ò cadenas,
hechas de suaves flores.
El precipicio, que pintó mi pena,
su peligro, y tropel me ofrece en vano.
Philis me vuelve à amar: dame tu mano,
y llevame al placer: su senda amena
es prado fresco, y llano.
El vaso, que arrojé, quando afligido
su licor discurrí ser venenoso,
vuelve à embriagar mi pecho ya gozoso;
ya lo vuelvo à gustar: ay Dios Cupido!
es nectar delicioso.
Los vientos, que en tu mar turban las aguas,
y yo juzgué ser fieros Septentriones,
ya veo son ligeras mutaciones,
ò soplos con que enciendes mas tus fraguas,
y nuestros corazones.
Las que llamó serpientes mi injusticia,
y llevan la deidad de la hermosura,
me han vuelto à deleytar con su blancura:
palomas son sin hiel, y sin malicia,
y llenas de ternura.
Vengan, Amor, tu lazo, y tu firmeza:
llevame al templo; dame tu bebida;
tu soplo aliente mi alma enternecida,
y pon de las palomas la terneza
en mi Philis querida.

Anacreontica.

UNos pasan, amigo,
estas noches de Enero
junto al balcon de Cloris,
con lluvia, nieve, y hielo.
Otros la pica al hombro,

so-

sobre murallas puestos,
hambrientos, y desnudos,
pero de gloria llenos.
Otros al campo raso
las distancias midiendo
que hay de Venus à Marte,
que hay de Mercurio à Venus.
Otros en el recinto
del lúgubre aposento
de Newton, ò Descartes
los libros revolviendo.
Otros contando ansiosos
sus mal habidos pesos,
atando, y desatando
los antiguos talegos.
Pero acá lo pasamos
junto al rincon del fuego,
asando unas castañas,
ardiendo un tronco entero,
hablando de las viñas,
contando alegres cuentos,
bebiendo grandes copas,
comiendo buenos quesos;
y à fé que de este modo
no nos importa un bledo,
quanto enloquece à muchos,
que serian muy cuerdos,
si hicieran en la corte
lo que en la aldea hacemos.

Anacreontica.

PUes Baco me ha nombrado
Virrey de dos Provincias,
que de todo su imperio

son

son las que mas estima:
pues ya siguen las leyes
que mis labios les dicta
de Xerèz los majuelos,
de Malaga las viñas,
cobremos los tributos
de las ubas mas ricas,
y mis alegres sienes
con pámpano se ciñan.
Y salgan en mi obsequio
las cubas mas antiguas;
y que vengan bien llenas,
y vuelvan bien vacías.
Canten mis alabanzas
al son de las botijas,
de jarros, y toneles
con sus voces festivas,
zagales, y zagalas
de toda Andalucía,
y quantos asistieron
á la ultima vendimia.
Digan viva el Virrey,
que Baco les envia;
y si acaso á su canto
faltasen las letrillas,
lo ya dicho cien veces,
otras ciento repitan,
y toquen las botellas,
y suenen las botijas.
Y si logro dormirme
entre parras sombrías,
bebiendo, y escuchando
tan dulce melodia,
qué me importa que mueran,
qué me importa que vivan

con

con pobreza, ò riqueza,
con susto, ú alegria,
quantos otros Virreyes
la fortuna destina,
los unos à la Europa,
los otros à las Indias?

Anacreontica.

POr no sé qué capricho,
Philis juró olvidarme,
pasados pocos dias
hizo otra vez las paces:
pero fue tan gustoso
aquel felíz instante,
que le digo mil veces:
Philis, vuelve à olvidarme,
con tal que à pocos dias
vuelvas à hacer las paces.

Anacreontica.

ME admiran en Lucinda
aquellos ojos negros;
en Aminta los labios,
en Cloris el cabello,
la cintura de Silvia,
de Cintia el alto pecho,
la frente de Amarilis,
de Lisi el blanco cuello,
De Corina la danza,
y de Nice el acento;
pero en tí, Philis mia,
me encantan ojos, pelo,
labios, cintura, frente,

nevado cuello, y pecho,
y todo quanto escucho,
y todo quanto veo.

Anacreontica.

QUando vuelvo de lexos
hallo à Philis mas linda,
y quando estoy presente
siento dexarla un dia.
Venus, haz un portento
en esta Philis mia,
y es que me ausente de ella,
sin perderla de vista.

Traduccion de Horacio.

LEjos, lejos de mí, vulgo profano:
oidme, gentes, metros nunca oidos;
que, como sacerdote de las musas,
à las virgenes canto, y à los niños.
Los pueblos temen à sus sacros Reyes;
y los Reyes tambien tiemblan rendidos
ante el excelso trono del gran Jove,
á cuyo ceño el cielo, y el abismo
se mueve obedeciendo, y cuya mano
aterró á los gigantes atrevidos.

Carta escrita desde una aldea de Aragon à Ortelio, que habia adivinado la melancolia del Poeta.

PAstor ingenioso,
Ortelio discreto,
cómo has acertado
la vida que llevo?

Qué estrella te dixo
(pues lees en los cielos)
la vida que paso,
cargada de tédio?
Desde que del hado
conmigo severo,
la mano tirana
firmó mi decreto,
no he visto la cara
serena al consuelo:
el cielo se muestra
ayrado, y tremendo;
las yervas sus verdes
matices perdieron;
las aves no forman
sus dulces conciertos,
como acostumbraban,
de armoniosos metros.
Del sueño no grato
quando me despierto,
solo oygo la ronca
voz del negro cuervo,
murcielago triste,
gavilan siniestro,
ú de otros iguales,
y para mal agüero;
ni sueño gustoso
cosas de contento:
solo se aparecen
(si alguna vez duermo)
imagenes tristes
de horroroso aspecto:
si salgo à los campos
à hablar con los ecos,
los ecos se espantan

de mi devaneo;
y nunca repiten
de tales lamentos
las sylabas duras;
con cuyo desprecio,
andando en el ayre,
se las lleva el viento.
Ya de los ganados
olvido el gobierno;
se van mis ovejas
por donde no quiero;
ni sirve llamarlas,
porque con desprecio
al amo insensato
perdieron el miedo.
Tal vez à la orilla
de algun arroyuelo
à llorar mis cuitas
acudo indiscreto.
De verle tan libre,
y verme tan preso;
de verle qual corre
por el campo fresco,
y ver qual la suerte
me tiene sujeto,
me aparto mas triste,
y él se vá mas bello,
habiendo tomado
notable incremento
con el llanto mio.
(O! quieran los cielos,
que seas tú solo
quien saque provecho
de esta ausencia mia,
arroyo discreto!)

Si acaso mi flauta
entona algun metro;
resuenan tristezas,
que arroja mi pecho.
Si de otros pastores
las danzas presencio,
advierto mudanzas;
y como las temo,
del pecho, que sabes,
el bayle aborrezco.
Si llego à la mesa,
es vano el intento
de probar manjares;
ninguno apetezco.
Los otros pastores,
que advierten mi tédio,
me ofrecen en vano
algun alimento.
Entonces, amigo,
comer plantas suelo;
ò frutas del campo,
ò leches, ò quesos;
porque son comidas
de poco aderezo;
y son naturales,
como mis afectos.
Del agua mas pura
alguna vez bebo
de una clara fuente,
clara, como el pecho,
que à beber se inclina;
y en su puro espejo,
de horrores me espanto,
quando considero
mi cara qué adusta!

mis ojos qué muertos!
mi boca qué triste!
mis labios qué secos!
Y en tantas mudanzas,
que padece el cuerpo,
mi espíritu el mismo,
y el mismo mi afecto,
que quando solia
mirarme sereno
(Ortelio, deliro!)
en aquel espejo,
tan limpio, tan puro,
tan claro, tan terso,
en que yo veía
de placeres lleno
alegres mis ojos,
mi rostro alhagüeño,
mi boca chistosa,
mis labios parleros,
diciendo ternuras,
y dulces requiebros,
que oía gustoso
mi adorado dueño;
su vuelo tomaron
las alas del tiempo!
Cupido, las tuyas
no sigan tal vuelo!
Los dias felices
se pasaron luego,
apenas sentidos,
qual soplo ligero
de zéfiro suave,
que convida al sueño;
y los tristes dias,
que al presente veo,

son nortes furiosos,
cuyo soplo adverso
arranca las peñas,
deshace los techos,
destruye los campos,
anuncia el invierno,
destruye el rebaño
de tristes corderos.
En vano acostumbro
con piadoso zelo
al ara de Jove,
el Padre supremo,
llevar la pregunta
de si este tormento,
que asi me aniquila
ha de ser eterno.
Mas dudas subscita
su oráculo incierto,
hasta que en furores
se convierte el tédio;
y pido à los Dioses
fulminen del cielo
centellas, y rayos
de horroroso estruendo,
que à negras cenizas
reduzcan mi pecho.
(Asunto bien fácil,
pues ya lo está haciendo,
de amor, y venganza
unido el incendio.)
Ya pido à la tierra,
mas blanda que el cielo,
que abriendo sus bocas,
puertas del averno,
me trague, y sepulte

en su horrendo seno.
Ya desesperado
de no hallar consuelo,
al mar yo me arrojo
con mortal intento;
sus olas, que huyen
de mi ardiente incendio,
me vuelven à echar
à la orilla luego,
sin siquiera darme
el corto consuelo
de que con sus aguas
se apague mi incendio.
Ya busco à las fieras,
de quienes deseo
ser víctima triste;
y quieren los cielos
se ablanden sus furias,
y no mi tormento.
Ya suelen los Dioses,
inmortales dueños
de los corazones,
templar mis desvelos
por pocos instantes;
y en ellos contemplo
la fuerza del hado
que asi lo ha dispuesto;
que el hombre no puede,
por débil, y necio,
frustrar de los Dioses
los altos decretos.
Entonces confuso,
y de dudas lleno,
consuelo mis cuitas,
diciendo à mi Ortelio:

Pastor ingenioso,
Ortelio discreto,
cómo has acertado
la vida que llevo?
Escatro, el pastor,
à quien tanto quiero,
te envia expresiones,
dignas de su pecho.
Por Jove te juro,
(y debes creerlo,
porque yo lo digo,
aun sin juramento)
que tu amado nombre,
que el nombre de Ortelio,
que nombre tan caro
será mi consuelo,
mientras haya estrellas
en el firmamento,
flores en el campo,
frutas en los huertos,
llantos en mis ojos,
y en mi alma duelos.
A Dios, ò mi amigo!
Otra vez, y ciento,
à Dios te repite
mi corazon necio
en la despedida
de un amado obgeto.

Mudanzas de la suerte.

Es cosa natural
trocarse el bien en mal;
y sucede tambien
trocarse el mal en bien.

Exem-

Egemplo primero.

CON vengativa, y poderosa mano,
el Padre, y Rey supremo
de hombres, y dioses, Jove soberano
tantos rayos vibró, como hay estrellas
en su mansion divina;
y en uno, y otro extremo
del orbe estremecido
cayeron las centellas;
oyese el cruel ruido,
temióse la ruina,
y los hombres creyeron que reynaba
aquel, cuyo furor les espantaba.
Los límites rompió del mar salado
el dios à quien fue dado
el imperio del mar, y el gran Tridente;
y donde templo, y gente,
y campo, y monte habia;
hasta aquel crudo, y horroroso día
hicieron resonar, con tristes sones,
sus retorcidas conchas los Tritones.
¡Triste mortal! creyeras
si aquel estrago vieras,
que de peces la inmensa muchedumbre
de Guadarrama, andára por la cumbre,
que apenas pasan las ligeras aves,
y aun mas juzgáras, que las grandes naves
(como la que tremola
la vandera Española,
del nombre de Filipo guarnecida,
y del Inglés Matheus tan temida)
pasáran por las asperas montañas
de nevada cabeza,

con que naturaleza
la Europa separó de las Españas.
Tambien soltó la rienda à su elemento
el que contiene uno, y otro viento
en una cueba, cuya sacra puerta
solamente fue abierta
por complacer à la divina hermana
de Jove, que tirana
las naves del Troyano perseguia;
y Vulcano à quien poco parecia
forjar los rayos para el dios Tonante,
cien vesubios produjo en un instante;
y ardió la mar, y cielo, y ayre, y tierra,
y quanto el orbe encierra.
Con que terror los miseros mortales
temblaron, y lloraron
el cumulo de males,
¡que juntos los cercaron!
¿Nada valió contra el peligro, y susto
la ciencia al sabio, la virtud al justo?
Qué fin tuvo, decid, el dia aciago,
ò Musas, que pintasteis este estrago.
Pasó la tempestad, calmóse el dia,
y se trocó el terror en alegria.

Exemplo segundo.

POR industria de sabios profesores,
y trabajo de esclavos bien premiado
está ya preparado
con estraños primores
el soberbio salon para las fiestas:
con luxo estan dispuestas
las mesas, con licores, y manjares,
traidos por los mares

de

de quanta tierra yace diferente
desde el humbral del sol, hasta occidente.
Los vasos de oro, y los de bronce, (tales,
que el arte es superior à los metales)
los de piedras preciosas,
y los adornos varios
(despojo bien ganado à los contrarios)
coronados de rosas
cubren las mesas; llenan las memorias
de batallas, trofeos, y victorias.
La música de bélicos acentos
mezclados con suaves instrumentos,
que alternan de la corte, y la campaña
los gustos, y la saña,
ò ya tierna, ò ya grave
aplaude el nombre invicto del que sabe,
guardando la memoria de la guerra,
gozar los bienes, que la paz encierra;
junta con nuevo arte
tus gustos Venus, tus venganzas Marte.
¡Con que bella arrogancia
aguardan ya las Ninfas el momento,
que ha de romper lo dulce de su acento;
por el ayre ocupado con odores,
ò ya de pomos de sutil fragancia,
ò ya de suaves flores!
Unas à otras se miran,
se envidian, y se admiran;
no porque envidia rigorosa sientan,
sino por el anhelo
con que todas intentan
levantar hasta el cielo
el nombre victorioso
del heroe que en un carro primoroso
(que fue de un grande Principe vencido)

llega ya rodeado, y conducido
de un séquito de nobles, que à su lado
habian noblemente peleado.
En medio de una turba de doncellas
de tierna edad, y de beldad cumplida,
que anuncian su venida;
llega Flora, mayor que todas ellas;
como en el fresco prado
de flores esmaltado
se distingue la rosa.
El llega, y ella presurosa.....
¿Pero qué es lo que admiro?
¿Si será realidad lo que yo miro?
Quando crei que el gusto,
la pompa, la delicia, la hermosura,
los placeres, la música, la danza.....
¡Qué poco el gozo dura!
¡Qué súbita mudanza!
¡Cómo se trueca en susto
lo que nos fue mas grato!
¿Pues qué fin tuvo el célebre aparato?
El heroe quiso hablar, y de repente
le acometió feroz un accidente,
y se murió: gimió toda la sala,
y en luto se trocó toda la gala.

Sobre no querer escribir Sátiras.

Ciertos hombres adustos
llenos de hypocondria,
que vinculan sus gustos
en desterrar del mundo la alegría;
como amantes por otros despreciados;
sabios empobrecidos,
poderosos caídos,

hi-

hijos malos, ò padres mal casados,
me dicen que dejando la ternura,
con que mi musa sabe
cantar con tono suave
tus gustos Baco, Venus tu hermosura;
en vez de celebrar estos placeres,
hable mal de los hombres, y mugeres,
sin reparar el labio enfurecido
de esta implacable gente,
que à todo hombre viviente,
en qualquiera lugar que haya nacido;
sea Iroqués, ò Patagon gigante,
fiero Hotentote, ó Noruego frio,
ò cercano, ò distante
le miro siempre como hermano mio;
recibiendo en mi seno
al malo con piedad, con gusto al bueno.
Lejos de contentarme
prosiguen con mas fuerza en incitarme
à que deje los huertos, y las flores,
pastoras, y pastores,
viñas, arroyos, prados,
ecos enamorados,
la selva, el valle, la espesura el monte;
y que no inste al dulce Anacreonte,
al triste Ovidio, al blando Garcilaso,
à Catulo amoroso, à Lope fino,
ni á Moratin divino,
que entre estos tiene asiento en el Parnaso
sino que la tranquila Musa mia,
de paloma que fue, se vuelva harpia;
que los vicios pondere con fiereza,
que haga gemir à la naturaleza
bajo los golpes de mi ingrata mano.
Con esto todos à qual mas ufano

me

me refieren los vicios de los hombres
con horrorosos nombres,
como astucia, rencores, inconstancia,
bajeza, tirania,
codicia, y arrogancia,
traicion, ingratitud, è hipocresia.
Pero así como tiemblan sorprehendidos
los villanos de un pueblo, acostumbrados
à su quietud, quando la vez primera
penetra sus oidos
la música guerrera,
quando llegan soldados
de rostro fieros, y de estraños trages,
con estrépito horrendo
de hombres, y caballos, y equipages,
y se dividen con igual estruendo
por la pequeña plaza en cortos trozos;
y los viejos refieren à los mozos
que aquellos hombres matan à la gente,
y se comen los niños fieramente;
y cada madre esconde, y encomienda
à su dios tutelar la dulce prenda
del matrimonio santo:
pues asi yo con no menor espanto
oí los nombres, y ponderaciones
de vicios, y pasiones
de que tal vez privados no se hallaban
los mismos que en los otros los tachaban;
y ví que el solo digno de censura
es el que ponderarlos mas procura,
sin otro fin que el ostentar ingenio,
en la mordacidad, ira, y rencores;
y asi vuelvo à cantar segun mi genio
tus viñas Baco, Venus, tus amores.

¿Pero à mi que se me da?
Maldita de dios la cosa.

Llora el joven heredero
del padre anciano la muerte,
porque no dejó mas fuerte
el talegón del dinero,
pero mira placentero
la comitiva llorosa,
que al cuerpo cantando está:
¿Pero à mí que se me da?
Maldita de dios la cosa.

Aquel que en el coche vés
mirar à todos con ceño,
dé gracias à un Estremeño
que huvo por nombre Cortés;
que sino bien al revés
su persona fastidiosa
iria de lo que vá:
¿Pero à mí que se me da?
Maldita de dios la cosa.

Dicele la hermosa al viejo
llega dulce prenda mia,
¡qué dichosa me creeria,
si tu fueras mi cortejo!
y él apesar del espejo
à la niña mentirosa
casi creyendola está:
¿Pero à mí que se me dá?
Maldita de dios la cosa.

Cancion de un Patriota retirado á su Aldea.

PAra defensa suya
produce nuestra España
los caballos del Betis,
y el fierro de Cantabria,
y sangre antigua Goda,
que ansiosa se derrama
si su patria lo pide,
y si su Rey lo manda;
y para su regalo
la fruta delicada,
pescados de sus costas;
que entrambos mares bañan,
y tesoros de Baco
en Málaga, y Peralta,
en Xerez, y Tudela,
y en la vecina Mancha:
pues ea, amigos mios,
mientras quieren las altas
deidades protectoras
de la feliz España
darnos la paz tranquila,
que gozan las labranzas,
las viñas, y los huertos,
los rebaños, y casas:
vivamos, y gocemos
quanto con mano franca
nos dá naturaleza
en los otros avara:
venid, venid alegres
Zagales, y Zagalas,
con castañuelas, tiples,
panderos, y guitarras.

Lle-

Llegaos à mi choza
humilde, pero grata,
donde faltan adornos,
pero gustos no faltan.
De este lado los chicos,
y de este las muchachas,
y aqui junto à mi puerta
los ancianos, y ancianas;
lloren de gozo, viendo
à sus proles amadas;
cantad alegres sones,
baylad alegres danzas,
mientras que se disponen
las rústicas viandas;
y del vino mas rico
veinte botas se sacan,
jamones de Galicia,
cecina de Vizcaya,
olivas de Sevilla,
y de Aragon manzanas.
Cantad antiguas letras,
sin justicia olvidadas,
como à vuestras abuelas
las suyas las cantaban.
Decid, como Rodrigo,
el ultimo Monarca,
pero el mas infelice
de la Goda prosapia,
se perdió por amores
de la malvada Cava,
y à manos de Africanos
dexó perdida España,
quedando en cautiverio
sus provincias cuitadas.
Decid, como Pelayo

salió de las montañas,
con la gente que tuvo,
que era poca, y honrada.
Cantad de Don Alfonso,
à quien el Casto llaman,
y que negó el tributo
de niñas desgraciadas,
que al malvado Rey Moro
los Christianos pagaban.
Decid, como ellas mismas,
con varonil jactancia,
al lado de los hombres
esgrimian las armas,
y como todas ellas
à los hombres llamaban
cobardes, quando huian,
amantes, si triunfaban;
y asi por varios trozos
los fastos de la patria
decid, con voz acorde,
al son de vuestra danza;
que yo tambien quisiera,
si no me lo estorváran
lo flaco de mi cuerpo,
los años, y las canas,
juntar con vuestros tonos
la voz de mi garganta.
Pero en medio de todos,
en esta silla blanda,
que fue de mis abuelos,
y à mis bisnietos pasa,
oiré vuestras canciones,
y veré vuestras damas;
y al que excediere à todos
en la voz mas gallarda,

en bayle mas ayroso,
sin ser de envidia causa,
daré el debido precio,
y al cielo justas gracias,
porque sobre vosotros
tales dones derrama.
Baylad, cantad contentos,
si dura la paz santa;
y si Marte os turbáre
con su horrorosa saña,
sonando sus trompetas,
y tocando sus caxas,
dexad esos placeres,
y acudid à las armas;
que para su defensa
produce nuestra España
los caballos del Betis,
el hierro de Vizcaya,
y sangre antigua Goda,
que alegre se derrama,
si su patria lo pide,
y si su Rey lo manda.

Anacreontica.

LOs que no saben, Baco,
lo que abarca tu Reyno,
juzgan que no pasastes
los altos Pirineos,
y piensan que en España
no tienes grandes templos,
donde acudan gustosos
los nobles, y plebeyos.
Como en otros países,
tu nombre es grato en estos,

solo que con mas brindis
se hace menos estruendo.
Las horas que en su curso
consume el Dios de Delphos,
con una sola copa
gasta el bello Flamenco,
como el Frances sociable,
y el Aleman guerrero;
pero los Españoles
de otro modo lo hacemos;
y como es taciturno,
y grave nuestro genio,
bebemos, y callamos,
callamos, y bebemos:
y algunos, que desechan
usos de antiguos tiempos,
cantan tu nombre, y beben
condenando el silencio.
Y tú viste à mi Philis
(sus primorosos dedos
sosteniendo la copa)
cantar tu nombre en versos,
que tal vez yo compuse
por tí, y por ella à un tiempo.
Por cierto, que en sus ojos
brillaban dobles fuegos,
con los tuyos, ò Baco,
los de la bella Venus;
y yo, que de uno, y otro
tenia el pecho ardiendo,
repetia las copas,
doblaba los requiebros.
Pues qué, yo no cantaba!
Qué, no cantaba Ortelio,
ausente de su Lisi,

por no aclarados zelos?
Pues qué, no repetia
los Baquicos acentos
la sala del banquete,
con sus nocturnos ecos?
Publica, pues, al mundo,
que tienes ara, y templos
desde el Pirene altivo,
hasta el Herculeo Estrecho,
mientras que yo publico
tu gloria al universo,
con Xerezanas cubas,
y Castellanos versos.

Anacreontica.

VIvamos, dulce amigo,
mirando con desprecio
los aparentes gustos
de los ricos soberbios.
Dexemos que se miren
con recíproco miedo,
y con mútuas trayciones
doren crudos venenos:
que abunden en sus casas
la pompa, y el recreo,
mientras abundan sustos,
y fraudes en su pecho:
que el vínculo reciban
de un violento Himeneo,
que privará à sus almas
de amores verdaderos.
Tengan endebles hijos,
à quienes hagan necios
lisonjas de criados,

inciensos de vil pueblo;
y mueran engañados,
gozoso el heredero,
que quiere mas ansioso
quitarles hasta el tiempo:
diga despues el marmol
à siglos venideros
lisonjas, que no creen
los del presente tiempo:
y esta série precisa
à los sabios dexemos,
para que ufanos luzcan
sus disgustos severos,
mientras humildes gustos,
y por tanto mas ciertos,
de nuestra corta vida
ocupan los momentos;
y la amistad sagrada
hermane nuestros pechos,
como hermanan las musas
nuestros gustos, y versos.
En sencillos banquetes,
que sazona el afecto,
pase, sin ser sentido,
el carro del Dios Phebo;
y prosigan los gozos,
la risa, y el festejo,
hasta que vuelva Apolo
segundo gyro al cielo;
guiandonos Cupido
à gozos mas amenos,
con Philis, y Dorisa,
que ocupan nuestros pechos;
y sin cuidarnos mucho
de que lexanos nietos

transmitan à los siglos
los apellidos nuestros,
cantando nuestras obras,
gozosos moriremos,
cubriendo nuestras tumbas
los buenos compañeros,
con pámpanos de Baco,
y con mirtos de Venus;
y en los vecinos troncos
gravarán un letrero,
que diga lisamente
cosas que merecemos,
versos que compusimos,
y que aplaudieron ellos.
Zagales, y zagalas
de los vecinos pueblos
vendrán à nuestra tumba
con flautas, y panderos:
no con lúgubres voces
resonarán los ecos,
sino con dulces tonos,
y con alegres metros;
porque sabrán, sin duda,
los que nos conocieron,
que nunca nos llenaron
ambiciosos deseos;
que no fuimos traydores,
avaros, ni perversos.
Esto cantará à todos
el respetable Ortelio,
de Venus, y de Baco
Sacerdote completo;
y con su barba cana,
y con su grave aspecto,
beberá grandes copas,

dirá sabrosos versos,
captandose de todos
el amor, y el respeto,
qual entre alegres faunos,
y sátyros traviesos,
Sileno fue querido,
(aquel viejo Sileno,
que fue del mismo Baco
admirado maestro;)
y despues que consuman
los que al templo vinieron
la leche blanca, y fria,
el vino tinto, y viejo,
se volverán cantando,
asi como vinieron,
hasta que doce meses
pasados, vuelva al puesto
con igual comitiva,
y con igual afecto,
Ortelio, y que repita
à ninfas, y mancebos,
cantad, que de Dalmiro,
y Moratin los cuerpos
en esta tumba yacen.
Detente pasagero,
que aqui yacen los hijos
del suave Anacréon.

Renunciando al amor, y à la Poesia Lyrica con motivo de la muerte de Philis.

Soneto.

Mientras vivió la dulce prenda mia,
amor, sonoros versos me inspiraste
obedeci la ley que me dictaste,
y sus fuerzas me dió la Poesia.
¡Mas ay! que desde aquel aciago dia,
que me privó del bien que tú admiraste,
al punto sin imperio en mí te hallaste,
y hallé falta de ardor à mi Thalía.
Pues no borra su ley la Parca dura,
(à quien el mismo Jove no resiste,)
olvido el Pindo, y dejo la hermosura.
Y tú tambien de tu ambicion desiste;
y junto à Philis tenga sepultura
tu flecha inutil, y mi lira triste.

A la muerte de Philis.

Anacreontica.

EN lúgubres cipreses
he visto convertidos
los pámpanos de Baco,
y de Venus los mirtos:
qual ronca voz del cuervo
hiere mi triste oido
el siempre dulce tono
del tierno gilguerillo:
ni murmura el arroyo
con delicioso trino,

resuena qual peñasco
con olas combatido.
En vez de los corderos
de los montes vecinos
rebaños de Leones
bajar con furia he visto.
Del sol, y de la luna
los carros fugitivos
esparcen negras sombras
mientras dura su giro.
Las pastoriles flautas
que tañen mis amigos
resuenan como truenos
del que reyna en Olimpo.
Pues Baco, Venus, aves,
arroyos, pastorcillos,
sol, luna, todos juntos
miradme compasivos,
y à la ninfa, que amaba
al infelíz Narciso,
mandad que diga al orbe
la pena de Dalmiro.

Anacreontica.

DEspues de haber bebido
anoche (como suelo)
dormido en tiernas parras
tuve un gustoso sueño.
Soñé que el gran dios Baco
por dilatar su imperio
al Parnaso queria
ganar à sangre, y fuego.
Cierta queja alegaba
de que Virgilio, Homero,

Taso, Milton, y Ercilla
no le ofrecen sus versos,
del todo dedicados
à Poemas guerreros,
de elevados asuntos,
y de pomposos metros.
Juntó de sus Bacantes
muchos trozos soberbios,
que esgrimirán sus tirsos
al son de sus panderos,
y llenas de aquel jugo
que en Málaga han dispuesto
las manos de las ninfas
de aquel bello terreno,
ya daban fieros gritos,
y amenazas al eco,
y con forzudas danzas
disponian los cuerpos.
Rodeado de Faunos
vino el viejo Sileno
para mas animarlos
con su rostro, y acento.
Dijo del dios del vino
los animosos hechos,
quando triunfó del Indo
con sus armas, y estruendo.
Y à cada verso suyo
ardia en nuevo fuego
la tropa, deseosa
de algun nuevo trofeo.
Del mismo dios el carro
llegó al campo ligero,
tiraban dél dos tigres
feroces, y sangrientos.
A la falda del monte

con furia acometieron;
pero salió al camino
el anciano Anacréon;
y mirandole Baco
detuvo à sus guerreros,
y les dijo: por éste
à todos perdonemos:
y en alabanza suya
cantó coplas el viejo;
y todos le abrazaron,
y cantando se fueron.

A la Primavera despues de la muerte de Philis.

Soneto.

NO basta que en su cueva se encadene
el uno, y otro proceloso viento,
ni que Neptuno mande à su elemento
con el tridente azul que se serene:
Ni que Amalthea el fertil campo llene
de fruta, y flor; ni que con nuevo aliento
al eco den las aves dulce acento,
ni que el arroyo desatado suene.
En vano anuncias verde Primavera
tu vuelta de los hombres deseada,
triunfante del invierno triste, y frio.
Muerta Philis, el orbe nada espera
sino niebla espantosa, noche elada,
sombras, y sustos como el pecho mio.

Lamentos con motivo de la muerte de Philis.

Mi Philis ha muerto:
¡ay triste de mí!

Glosa.

¡Oh! Musa (si acaso
la hay tan infeliz,
que esté destinada
para presidir
el llanto y gemido)
venid, influid
el tono mas triste
que se pueda oir:
mi Philis ha muerto:
¡ay triste de mí!

Desde estos mis brazos,
en que yo la ví
en dias alegres
mirarme, y reir,
la muerte alevosa
con sorpresa vil
cortó de su vida
el hilo sutil.
Mi Philis ha muerto:
¡ay triste de mí!

Los labios muriendo
procuraba abrir,
para despedirse
sin duda de mí;
pero se secaron
sin poder servir,
qual rosa que muere

pa-

pasado su Abril.
Mi Philis ha muerto:
¡ay triste de mí!
Lo que no pudieron
sus labios decir,
quisieron sus ojos
volviendose à mí;
pero en aquel punto
cerrarse los ví,
y yo solo pude
turbado decir:
Mi Philis ha muerto:
¡ay triste de mi!
De su fino pecho
el blanco marfil
en pálida cera
convertirse ví,
y en tristes colores
aquel carmesí;
que de otras bellezas
envidiado ví.
Mi Philis ha muerto:
¡ay triste de mí!
Decidme, deidades
tiranas, decid,
¿sin la que fue mi alma
cómo he de vivir?
La molesta vida
que me consentis,
despues de su muerte
gastaré en decir:
Mi Philis ha muerto:
¡ay triste de mí!
Si vuestros rigores
podeis convertir

en lástimas justas,
mis quejas oid:
y qual otro Eneas,
que baje sufrid
con la sacra rama
al campo feliz:
Mi Philis ha muerto:
¡*ay triste de mí*!
De mi amada prenda
la sombra sutil
podré con mis brazos....
¡mas necio de mí!
Su sombra queria
con el brazo asir,
qual si fuera cuerpo:
¡ay que frenesí!
Mi Philis ha muerto:
¡*ay triste de mí*!
Cerbero, Aqueronte,
las Furias, en mí
no pondrán asombros:
mi voz infeliz
ablandará à todos,
si me oyen decir:
Mi Philis ha muerto:
¡*ay triste de mí*!